

VIDA DE SAN BENITO

VIDA DE
SAN BENITO

ESCRITA POR SAN GREGORIO MAGNO

CON ILUSTRACIONES DE

FRAY PEDRO SUBERCASEAUX

FRAY PEDRO SUBERCASEAUX Y LA VIDA DE SAN BENITO



Dom Pedro Subercaseaux nació en Roma el 10 de diciembre de 1880 cuando su familia, como en tantas otras oportunidades, residía por largo tiempo en la Ciudad Eterna. Fueron sus padres el notable diplomático, pintor y memorialista Ramón Subercaseaux Vicuña y Amalia Errázuriz Urmeneta, autora a su vez de varios libros, figura extraordinaria por su cultura, belleza y profunda formación cristiana.

Según propias declaraciones de Dom Pedro, su padre fue quien fomentó su inclinación a la pintura, su mejor maestro y, a lo largo de toda su vida, su principal estímulo en el plano artístico.

En 1900 ingresó a la Real Academia Superior de Bellas Artes de Berlín, cuyo Director era Anton von Werner, célebre como pintor de batallas quien, junto con Adolf Menzel, profesor del mismo instituto, lo iniciaría en la composición de los cuadros llamados “de género”, por su temática historicista.

En efecto, las composiciones que tenían como fuente de inspiración grandes temas de carácter heroico, reconocían en la Academia berlinesa una de las escuelas más prestigiosas en un campo a la sazón extraordinariamente requerido. De estilo muy prolijo, ha podido observarse que su rigidez chocaba un tanto con el espíritu latino como que, según estimación personal de Dom Pedro, su técnica descansaba demasiado en una precisión casi “fotográfica”.

En Roma ingresaría al estudio del español Lorenzo Vallés, cultor de un estilo mucho más suelto, como también a la Escuela Libre, dependiente de la de Bellas Artes. Aun más tarde estudiaría en París en la Academia Julian, bajo la tuición de Jules Lefebvre y Robert Fleury, de los cuales guardaría el más grato recuerdo, al igual que de La Fresnaye, uno de los fundadores del cubismo, su discípulo.

Junto con aprovechar cuanto de positivo podía proporcionarle la formación clásica, a lo largo de toda esta época Dom Pedro conservó su independencia en materia estilística. Confiando más en la experiencia ofrecida por la evolución de su propio padre, contaría más tarde cómo “viendo la libertad con que él mismo seguía su propio camino, juzgaba yo en mis adentros que lo conveniente para mí era igualmente buscar mi propia senda, sin por eso alejarme mucho del ideal clásico, en el dibujo y la composición, que es lo que yo consideraba y aún considero lo más grande del arte pictórico”.

El pintor de las glorias de Chile, como se le ha llamado, haría de estos principios la característica de su producción, cultivando un género en que destaca como gran figura no sólo original, sino de gran creatividad. Es interesante recordar que ya en la Academia Julian bosquejó algunos temas que, como *El abrazo de Maipú*, habrían de servirle para grandes composiciones desarrolladas con posterioridad; con la citada ganaría en 1910 el concurso internacional de Buenos Aires, con motivo del centenario de la Independencia argentina.

Puede decirse que no hubo suceso de nuestra historia que escapara a su imaginación evocadora, quedando estampado en composiciones de gran calidad artística, llenas de realismo. Su vasta cultura y su acuciosidad investigadora deter-

minaría que la información previa a su trabajo definitivo revistiera un cuidado vecino a la erudición; a estos elementos auxiliares se sobreponía luego su hábito heroico, lleno de dinamismo, que haría de sus telas verdaderas obras de arte, marcadas con el sello inconfundible de su personalidad.

Inseparable de ésta sería su profunda raíz espiritual, no siempre advertida por la crítica y sin embargo tan importante como que determinaría su vocación monástica; como es sabido, ingresó en 1920 al Priorato benedictino de Quarr, en la isla de Wight, en Inglaterra, al mismo tiempo que su mujer, Elvira Lyon Otaegui, lo hacía al noviciado de las Damas Catequistas de Loyola, España.

A partir de 1911 había manifestado plásticamente esta raíz espiritual en las cuarenta y nueve acuarelas de su extraordinaria *Vida de San Francisco* y llegaría a su mejor expresión en la *Vida de San Benito*, que ahora se publica por primera vez. La serie de catorce acuarelas fue iniciada en agosto de 1920, luego de ingresar a Quarr y es él mismo quien relata su génesis.

En efecto, a la vista de la de San Francisco, el abad, Dom Delatte, junto con celebrarla, le manifestó: "*C'est très bien, mon enfant* — Dom Pedro tenía cuarenta años, pero era novicio —. Y ahora pinte usted la vida de Nuestro Padre San Benito. Pero no se apresure. Hágalo con mucha paz, porque el trabajo de un benedictino debe brotar de la paz y conducir a ella".

Inspirado por estos principios, se elaboraron en los claustros de Quarr Abbey primero los bocetos y luego las composiciones definitivas, que verdaderamente trasuntan esa paz tan propia de los monjes. No sólo lo cuidado de la composición sino el refinamiento del colorido contribuyen a transmitir una acabada sensación de

serenidad espiritual, de la cual, sin embargo, no está ausente la cuidadosa recreación histórica de los caracteres, escenarios y trajes, aun la nota pintoresca y el buen humor del autor.

Fundador en 1938 del Monasterio de la Santísima Trinidad de Las Condes, Dom Pedro fallócería en Santiago en enero de 1956, reposando sus restos en el cementerio de la comunidad que mantiene vivo el recuerdo de sus virtudes junto al de su arte, presente en hermosas telas, superado el ciclo de las heroicas batallas, todas de contenido devocional.

Gabriel Guarda, O.S.B.

Abad

Abadía de la Santísima Trinidad de Las Condes.

Santiago, Chile



EL LIBRO SEGUNDO DE LOS *DIALOGOS* DE SAN GREGORIO MAGNO

LA VIDA DE SAN BENITO



RESEÑA BIOGRÁFICA

SOBRE EL AUTOR DE LOS DIÁLOGOS

Gregorio nació hacia el 540, en el seno de una familia romana de posición acomodada. Entre sus antepasados "famosos" se hallaba el Papa Félix III (483-492).¹ Sus padres pudieron brindarle la oportunidad de realizar buenos estudios de gramática, dialéctica y retórica.

Hacia el 572, fue nombrado prefecto de la ciudad de Roma. Pero dos o tres años más tarde, entre el 574 y el 575, luego de madura reflexión y de superar algunos obstáculos de no poca envergadura, se *convirtió* a la vida monástica. Entonces transformó la casa paterna, ubicada en el Celio (Roma), en monasterio, colocándolo bajo el patrocinio del apóstol San Andrés.

No parece que Gregorio haya sido el superior de la comunidad monástica por él fundada, ni tampoco puede decirse que en ella se haya seguido la *Regla* de San Benito; aunque no se puede dudar de la convergencia de ideales entre éste y aquél.

En el año 579, el papa Pelagio II (579-590) le confiere la ordenación diaconal y lo envía a Constantinopla, como representante de la sede romana ante el emperador Tiberio II (578-582). Gregorio residirá en dicha ciudad hasta el 585. El neodícono se hizo acompañar en este desplazamiento por un grupo de hermanos del monasterio de San Andrés. Con ellos

formó una pequeña comunidad monástica, con la cual mantenía conversaciones principalmente sobre temas bíblicos, en la medida en que sus ocupaciones se lo permitían. De estas charlas surgirá su comentario al *Libro de Job*.

Al regresar a Roma se desempeñó como secretario y consejero de Pelagio II, sucediéndole luego en la sede episcopal (año 590). Gregorio intentó escapar de esta pesada carga, pero no tuvo éxito. Su actitud no era fingida, y durante su ministerio siempre recordará con nostalgia, por momentos incluso con hondo pesar, su vida de otros tiempos, cuando disponía de la paz y del tiempo necesarios para la oración y la meditación de la palabra de Dios: "Este cargo, después de sacarme del monasterio, como a punta de espada, con sus ocupaciones ha exterminado en mí la vida apacible de otros tiempos".²

Aún lamentando la pérdida de una existencia más recogida y dedicada fundamentalmente a la oración, durante su ministerio al servicio de la Iglesia, Gregorio desarrolló una intensa actividad. Sentía la urgencia de promover con todas sus fuerzas la evangelización, en particular la de los pueblos "bárbaros", en razón de las exigencias pastorales de su cargo. Estaba sinceramente preocupado por ampliar el número de los que se pudiesen salvar en el momento del juicio final. Tenía

el íntimo convencimiento de vivir “en tiempos turbados en los que el mundo se hallaba muy cerca de su fin y (por eso) los males se multiplicaban”.³ Su precaria salud física no fue un obstáculo suficiente para detenerlo en el cumplimiento de sus deberes.

Gregorio fue ciertamente un hombre de su tiempo, no podía escapar, en consecuencia, a las tensiones y dificultades propias de su época, que podría caracterizarse como un periodo “confuso”.⁴ Y él no se evadió de su responsabilidad, incluso sabiendo cuánto dolor le aguardaba en el camino que el Señor le invitaba a transitar. La posteridad ha reconocido el mérito de su vida recordándolo con cariño. Su nombre ha quedado en la memoria de la Iglesia junto a la de otros grandes Padres: Ambrosio, Jerónimo, Agustín.

Gregorio, el Grande, murió en Roma el 12 de marzo del año 604, preocupado por el futuro de la población de la ciudad y extenuado por el peso de su ministerio eclesial.⁵

LOS DIÁLOGOS

Entre los años 593-594, escribió el santo pontífice esta obra tan exquisita y llena de vida. Contaba en ese entonces con unos 53 años, y estaba en el cuarto de su pontificado cuando inició la obra.

Los *Diálogos*, en cuatro libros⁶, es obra que ha sido muy leída tanto en la antigüedad como en nuestros días. Son innumerables los estudios que se le han dedicado, en especial al libro segundo.⁷ Aunque una tesis reciente niega la autenticidad “gregoriana” de la obra⁸, hasta el momento no se han aceptado sus conclusiones, pero el hecho ha puesto de relieve el valor perenne del libro de los *Diálogos*.⁹

Es lamentable que a pesar de tanto interés por esta obra todavía no tengamos una versión castellana

completa de ella. Sí hay traducciones del libro segundo (ver nota 7), pero no de los restantes.

Llama la atención inmediatamente el cuidado que el pontífice puso en la elaboración del texto. No se trata solamente de narraciones de milagros o hechos portentosos o admirables, sino que partiendo de ellos busca alimentar la fe y la vida espiritual del lector atento.

Me parece innegable que el diálogo es una ficción literaria que adopta Gregorio para su obra; ciertamente la que mejor se adaptaba a su propósito: ofrecer enseñanzas claras y sencillas, basadas en el ejemplo, para quienes leyeran su escrito.

Ya desde el mismo prólogo del libro primero se advierte un paralelismo, llevado hasta la oposición, entre el pasado y el presente de la vida del papa. Antes gozaba de las delicias del monasterio, ahora debe soportar las fatigas de su servicio pastoral e incluso el ajetreo de los negocios seculares:

«Un día, abatido por las excesivas preocupaciones de algunos laicos, con quienes muchas veces también nos vemos obligados a intervenir en sus asuntos, cosa que ciertamente no deberíamos hacer, gané un lugar secreto de mis penas, donde todo lo que me pesaba de mis ocupaciones se me mostrara patentemente; y todas las cosas que me solían afligir se presentaran libremente y como concentradas ante mis ojos.

“Allí, como permaneciera sentado con gran aflicción y por largo tiempo silencioso, llegó mi queridísimo hijo el diácono Pedro, unido familiarmente a mí por la amistad desde la primera flor de su juventud, y también mi colaborador en el estudio de las Sagradas Escrituras.

Al verme atormentado por tan grave pena del corazón, me dijo: ¿Te ha sucedido algo nuevo que estés más triste que de costumbre?



“Yo le respondí: Pedro, la tristeza que soporto cada día es para mí siempre antigua por lo habitual, y siempre nueva por el aumento. En efecto, mi infeliz alma herida por el golpe de sus ocupaciones, se acuerda de lo que fue otrora en el monasterio, cómo todas las cosas caducas estaban bajo ella; cómo dominaba a todas las cosas transitorias; de modo que no se acordaba habitualmente sino de las cosas celestiales; que, aunque retenida en el cuerpo, por la contemplación ya traspasaba las mismas fronteras de la carne. Que incluso amaba la muerte, que para casi todos es un castigo, pues la veía como el ingreso en la vida y el premio de su fatiga.

“Pero ahora por causa de la carga pastoral padece las preocupaciones de los hombres del mundo. Y, después de toda la belleza de su reposo, se ve manchada por el polvo de las acciones terrenas. Y cuando, por condescendencia hacia las multitudes, se dispersa en las cosas exteriores, aun cuando busque las interiores, vuelve a sí sin duda empobrecida. Considero entonces lo que sobrellevo, considero lo que perdí, y cuando observo lo que he perdido, esto que soporto se me hace más pesado.

“He aquí que ahora soy sacudido por las grandes olas del mar, y en la nave de mi espíritu estoy agitado por las borrascas de una violenta tempestad. Cuando recuerdo mi vida anterior suspiro, como si mirando hacia atrás divisara la costa. Pero lo que es más grave todavía, arrastrado por las olas inmensas, ya apenas si puedo ver el puerto que dejé. Porque así son las angustias del espíritu: primero ciertamente pierde el bien que tiene, pero con todo se acuerda de haberlo perdido; luego, cuando se aleja, llega incluso a olvidar ese mismo bien que perdió; y sucede después que ya no ve por la memoria lo que antes realmente tenía. De

forma que sucede lo que dije previamente: cuando navegamos más lejos de la orilla ya no vemos el puerto del reposo que dejamos.

“Algunas veces, para aumentar más mi dolor, se añade que me viene a la memoria la vida de algunos hombres que abandonaron con todo su corazón el siglo presente. Entonces, cuando veo la sublimidad de ellos, reconozco en qué baja yo mismo me encuentro. Muchos de estos hombres agradaron a su Creador por una vida solitaria. Dios omnipotente no quiso que ellos se ocuparan en los negocios de este mundo, para que no envejeciera por las actividades humanas la juventud del espíritu.”¹⁰

Este “problema” del pontífice no sólo muestra claros rasgos autobiográficos del autor, como ya lo han demostrado varios estudios; sino que también presenta las dificultades que puede experimentar todo cristiano bien intencionado para vivir a fondo su compromiso bautismal. Tanto más quien hace opción por la vida monástica.

Es muy significativa la solución del Papa Gregorio al dilema contemplación - acción: *estudiar las Sagradas Escrituras y, sobre todo, en el caso de los «Diálogos», mirar e imitar el ejemplo de nuestros padres en la fe.*

Sabemos el cuidado que puso el santo en el estudio de la Biblia: casi todas sus obras están dedicadas a comentar libros de ella. Pero en el presente escrito busca poner de relieve la importancia del ejemplo humano, del paradigma de vida, para aprender y seguir el camino recto en seguimiento de Cristo.

SAN BENITO

Nuestra principal, y prácticamente única fuente para conocer al santo patriarca es el libro segundo de los *Diálogos* de Gregorio Magno. Fuera de esta obra,

sólo contamos con una noticia, que probablemente procede del mismo pontífice, en el *Comentario al Primer Libro de los Reyes* antes mencionado. El texto que transcribimos a continuación parece citar o aludir a ciertos pasajes de la *Regla* de San Benito (=RB):

“Puesto que explicamos el sentido histórico ¹¹, creemos que se debe señalar que Dios omnipotente, anunciando por adelantado el derecho del rey, les da a los superiores religiosos (*religiosis praepositis*) un modelo de formación. Ejercen la autoridad sobre el estrechísimo camino de la conversión, y ellos no deben admitir fácilmente a los recién llegados que desean abrazarlo.

“Por eso un maestro óptimo de esa estrechísima vía, y discípulo adiestrado por la suma verdad, manda lo que sigue: «Prueben los espíritus para ver si son de Dios». ¹² Y también: «Anúncieles las cosas duras y ásperas, para que sepa a qué entra». ¹³

“El Señor, por ende, anuncia anticipadamente el derecho del rey... De modo que los débiles no accedan fácilmente a una vida que exige fuerza, y los superiores fuertes no reciban fácilmente a los débiles.

“En efecto, la rapidez en la conversión se origina a menudo por una decisión precipitada, no por un aumento de devoción. Por tanto, cuando los débiles prometen cosas fuertes, no es por la fuerza de un ánimo puesto a prueba sino por la confusión del discernimiento. Viendo a todos éstos en una sola persona el sabio amonesta diciendo: «*No cargues un peso superior a tus fuerzas*» (Si 13,2).

“Quienes dirigen a otros en el vigoroso propósito de la vida regular, deben recibir a los convertidos a esta vida con mucho discernimiento, por lo que también es muy útil conocer de antemano si la petición de los que vienen procede de la fuerza de ánimo, o de una precipitación de la voluntad. Porque los que son

precipitados en sus acciones, acostumbran apetecer la aspereza de la vida espiritual con notable insistencia, para que parezca que su deseo del bien anhelado proviene de la fuerza de un ánimo poderoso.”¹⁴

San Benito habría, pues, sido el autor de la *Regla* que lleva su nombre, y el fundador del monasterio de Montecasino (Italia), al igual que de otros cenobios.

Los hitos principales de su vida pueden sintetizarse como sigue:

- nació en Nursia (Italia) hacia el 480 - 490
- fundó el célebre monasterio de Montecasino en el 529, aproximadamente
- entre el 537-555, compuso su *Regla* para monjes cenobitas
- se encontró con el rey Totila entre los años 542/46 (*Diálogos* II,15)
- murió hacia el 555-560. ¹⁵

PARA LA LECTURA DEL LIBRO II DE LOS DIÁLOGOS

La vida de San Benito compuesta por Gregorio no se parece en nada a las biografías modernas, y menos todavía a las que aparecen en los medios masivos de comunicación.

El pontífice, sin traicionar los datos históricos que él había recibido de primera mano, no se limita a escribir una crónica fría o desencarnada, supuestamente “objetiva”, del santo monje Benito. Al contrario, busca presentarlo como un *hombre de Dios*, un ejemplo para todo cristiano que aspire a vivir en plenitud el Evangelio de Cristo Jesús. Benito es el hombre que durante toda su existencia anhela cumplir la voluntad de Dios, el que busca seguir a su Señor en una vida humilde, de silencio, de escucha de la Palabra, de trabajo, de oración, de sincero servicio a los hermanos. La vida de



San Benito, como la narra Gregorio, no es una mera narración de recuerdos del pasado, sino una exhortación, una llamada: ¿qué estamos haciendo nosotros, aquí y ahora, para servir a Dios y a los hombres?

San Gregorio escribió en el idioma que en su época se hablaba en Occidente: el latín. Esta lengua ya casi no se usa para la comunicación oral en nuestros días, y son pocos los que escriben en ella. Por eso, la necesidad de traducir al castellano los *Diálogos*. El libro segundo, que ahora ofrecemos, fue vertido a nuestra lengua por la Hna. María Delia Alonso, O.S.B. (Monasterio del Gozo de María - Córdoba - Argentina), a partir del texto latino

editado por el P. Adalbert de Vogüé, O.S.B., en la colección *Sources Chrétiennes*, volumen 260, París, 1979, pp. 126-248.

El lector que por vez primera se acerca a este género de escritos debe hacer un esfuerzo por leer despacio, sin prisas, de forma pausada, meditando el significado de lo que le dice el texto. Sólo así logrará sacarle provecho a esta magnífica obra.¹⁶

Enrique Contreras, O.S.B.

Abad

Abadía Santa María

Buenos Aires, Argentina



¹ "... Voy a repetir de nuevo lo que me acuerdo haber ya dicho sobre mi tía paterna Tarsila en las *Homilias sobre el Evangelio* (II,38,15)... Mi tatarabuelo Félix, pontífice de esta Iglesia de Roma, se le apareció en una visión..."; *Diálogos* IV,17,1; ed. A. de Vogüé: *Sources Chrétiennes* (=SCh) vol. 265, Paris, Ed. Du Cerf, 1980, p. 68.

² *Epístola dedicatoria de los "Morales"* 1; texto latino en SCh 32 (1952), pp. 115 -116.

³ *Epístola dedicatoria de los "Morales"* 1: SCh 32, p. 115.

⁴ H.-I. Marrou en *Nouvelle Histoire de l'Église. I. Des origines à Grégoire le Grand*, Paris, Ed. Seuil, 1963, p. 469 (hay trad. castellana).

⁵ Jeffrey Richards, *Il console di Dio. La vita e i tempi di Gregorio Magno*, Firenze, Ed. Sansoni, 1984, p. 383 (trad. del inglés).

⁶ Ed. A. de Vogüé: SCh 251 (1978), 260 (1979), 265 (1980).

⁷ Cf. Robert Gooding, *Bibliografía di Gregorio Magno (1890-1989)*, Roma, Ed. Città Nuova, 1990, pp. 110 ss., en particular pp. 112-116 (traducciones) y 134-149 [números 1236-1396] (*Opere di Gregorio Magno, Complementi*, 1).

⁸ Francis Clark, *The Pseudo-Gregorian Dialogues*, 2 vols., Leiden, Ed. E.J. Brill, 1987 (*Studies in the History of Christian Thought*, 37-38).

⁹ Cf. R. Godding, pp. 118-119 (ns. 1079-1091); *Gregorio Magno e il suo tempo. XIX Incontro di studiosi dell'antichità cristiana in collaborazione con l'École*

Française de Rome. Roma, 9-12 maggio 1990, 2 vols. I. *Studi storici. II. Questioni letterarie e dottrinali*, Roma, Institutum Patristicum "Augustinianum", 1991 (*Studia Ephemeridis «Augustinianum»*, 33 y 34).

¹⁰ *Diálogos*, I, prólogo, 1-6: SCh 260, pp. 10-14.

¹¹ Se está comentando *I Samuel* 8,11-18: inconvenientes de la monarquía en Israel.

¹² Cf. RB 58,2 (1 Jn 4,1).

¹³ Cf. RB 58,8.

¹⁴ *Comentario al Libro Primero de los Reyes* (= *I Samuel*) 4,70: CCL 144, p. 330. Comentario y aclaraciones de este texto: Adalbert de Vogüé, "Discretione praecipuum". *A quoi Gregoire pensait-il?*, en *Benedictina* 22 (1975), pp. 325-327, reproducido luego en *Saint Benoît. Sa vie et sa règle. Études choisies*, Bégrolles-en-Mauges, Ed. Abbaye de Bellefontaine, 1981, pp. 70-71 (*Vie monastique*, 12).

¹⁵ Para completar esta breve reseña, cf. A. de Vogüé, *Les dates de Saint Benoît et de sa Règle d'après quelques travaux récents*, en *Regulae Benedicti Studia* 12 (1983), pp. 11-27; y la recensión del P. Martín de Elizalde, O.S.B., en *Cuadernos Monásticos* 21, N° 79 (1986), pp. 551-553.

¹⁶ El lector interesado en profundizar el texto hallará una magnífica ayuda en el comentario escrito por el P. de Vogüé y publicado en *Cuadernos Monásticos* con el título *San Gregorio Magno, Libro II de los Diálogos. Vida y milagros del Bienaventurado abad Benito*, 15-17, ns. 55-60 (1980-82).





Dice la Sagrada Escritura que la memoria de los justos será bendecida de generación en generación. Su vida es demasiado grande para que sus virtudes puedan ocultarse tras los pocos años de existencia en esta tierra que pisaron. San Benito fue un gigante entre los santos, por eso su recuerdo no podía morir al ser colocado su cuerpo en el sepulcro. Todo lo contrario: su muerte fue el principio de su gloria ante Dios y de su bendición desde ese tiempo hasta nuestros días.

VIDA DE SAN BENITO



SAN BENITO SE DIRIGE AL DESIERTO ACOMPAÑADO DE SU
NODRIZA

Capítulo I

I



Hubo un hombre de vida venerable, Benito por gracia y por nombre. Desde su infancia tuvo el corazón de un hombre experimentado. Se sobrepuso a lo que era costumbre a su edad y no entregó su alma a ningún placer sensual sino que, mientras estaba todavía en esta tierra donde podía gozar con toda libertad según el mundo, despreció el mundo con sus apariencias como si fuera un desierto.

Nacido en una familia de clase elevada, en la provincia de Nursia, fue enviado a Roma para los estudios liberales de las letras. Cuando se dio cuenta de que por esos estudios muchos caían en el abismo de los vicios, Benito, que recién hacía su entrada en el mundo, se volvió hacia atrás por el temor de que, al beber de aquella ciencia, él después también cayera totalmente en un enorme precipicio. Abandonó, entonces, el estudio de las letras, dejó la casa y los bienes de su padre y, con el deseo de agradar sólo a Dios, buscó recibir el hábito de la vida monástica. Así se retiró inteligentemente ignorante y sabiamente inculto.

2 No he conocido todos sus hechos pero los pocos que narro los he sabido por las referencias de cuatro discípulos de Benito, a saber: Constantino, varón muy respetable que lo sucedió en el gobierno del monasterio; Valentiniano, que por muchos años dirigió el monasterio de Letrán; Simplicio, que dirigió el monasterio de Benito en tercer lugar; Honorato, que todavía actualmente gobierna su monasterio en el que antes había vivido él.



EL TAMIZ ROTO Y ARREGLADO



Cuando ya Benito había decidido abandonar el estudio de las letras e irse al desierto, la única que lo acompañó fue una nodriza que lo amaba entrañablemente. Cuando llegaron a un lugar llamado Enfide, muchos hombres de los más destacados los detuvieron allí por caridad, quedándose ellos en la iglesia del bienaventurado Pedro. La nodriza quiso ir a limpiar el trigo y pidió prestado a unas mujeres vecinas un tamiz que dejó desprevenidamente sobre la mesa y, por accidente, se cayó y de tal modo que quedó quebrado en dos partes. Cuando la nodriza volvió y lo encontró en esa forma comenzó a llorar muy amargamente porque estaba roto un objeto que había recibido en préstamo.

2 Entonces Benito, joven piadoso y compasivo, cuando vio a su nodriza llorando, apenado por su dolor tomó las dos partes del tamiz quebrado y, con lágrimas, se puso en oración. Al terminar la oración encontró junto a él el tamiz arreglado de modo que no se mostraba en él ningún vestigio de la rotura. En seguida consoló a su nodriza cariñosamente y le devolvió sano el tamiz que antes había encontrado roto.

El hecho fue conocido por todos y despertó tanta admiración que los habitantes del lugar colgaron ese mismo tamiz en la entrada de la iglesia para que los que vivían en ese momento y todas las generaciones futuras pudieran ver con qué perfección el joven Benito se había iniciado en la gracia de la conversión. Aún después de muchos años ese tamiz estaba ante los ojos de todos y hasta en el tiempo de los longobardos permanecía suspendido sobre la puerta de la iglesia.

3 Pero Benito, deseando más soportar los males del mundo que sus alabanzas, fatigarse por Dios en los trabajos más que dejarse dominar por los halagos de esta vida, huyó a ocultas de su nodriza y buscó la soledad de un lugar desierto cuyo nombre es Subiaco, a una distancia de unas cuarenta millas de la ciudad de Roma y donde surgen aguas frescas y transparentes. Allí la abundancia de estas aguas se recoge primero en un lago grande y después forma un río.

4 Mientras él, fugitivo, marchaba, lo encontró un monje llamado Romano que le preguntó adónde iba. Al conocer su deseo lo mantuvo en el secreto y le prometió su ayuda; le dio el hábito del santo modo de vida y, en la medida de lo posible, le servía.

Quando el hombre de Dios llegó al lugar se retiró a una estrechísima cueva y permaneció durante tres años ignorado de los hombres, a excepción del monje Romano.

5 Romano vivía en un monasterio no lejos de allí bajo la regla del abad Adeodato, pero bondadosamente quitaba algunas horas a la vigilancia de su abad para llevarle a Benito, en días determinados, el pan que él había podido sacar de lo de su comida.

Desde el monasterio de Romano hasta la cueva no había camino porque una enorme roca sobresalía en lo más alto. Desde esa misma roca, Romano acostumbraba a bajarle el pan atado a una larguísima cuerda a la que también ligaba una pequeña campanilla a fin de que, por el sonido de ella, el hombre de Dios supiera cuando le enviaban el pan y saliera a recibirlo. Pero el antiguo enemigo, envidiando la caridad de uno y la comida del otro, al ver un día que bajaba el pan arrojó una piedra y rompió la campanilla. Sin embargo Romano no dejó de ayudarle con medios apropiados.

6 Pero ya el Dios omnipotente quería que Romano descansara del trabajo y que la vida de Benito se mostrara a los hombres como un ejemplo a fin de que, puesta la



luz sobre el candelero iluminara a todos los que estaban en la casa de Dios, y entonces el Señor se dignó a aparecérselo en una visión a un presbítero que vivía lejos y que estaba preparando su comida para la fiesta de Pascua. Le dijo: “Te preparas manjares y un siervo mío, en tal lugar, está atormentado por el hambre”. Se levantó enseguida y en la misma solemnidad de la Pascua, fue hacia aquel lugar con los alimentos que se había preparado para él. Buscó al hombre de Dios a través de abruptas montañas, de hondos valles, de profundas cavidades y lo encontró oculto en la cueva.

7 Hecha la oración, se sentaron bendiciendo al Señor omnipotente. Después de agradables coloquios sobre la vida, el presbítero que había llegado dijo: “Levántate y comamos porque hoy es la Pascua”. A lo que el hombre de Dios respondió: “Sé que es Pascua porque me ha sido concedido el verte”. Y es que, al vivir lejos de los hombres, ignoraba que ése era el día de la solemnidad de la Pascua. El venerable presbítero insistió diciendo otra vez: “Ciertamente, hoy es la resurrección del Señor, el día de Pascua; no te corresponde de ningún modo ayunar ya que yo te he sido enviado para que comamos juntos estos dones del Señor omnipotente”. Bendiciendo a Dios tomaron el alimento. Terminadas la comida y la conversación, el presbítero retornó a su iglesia.

8 Por la misma época unos pastores también lo encontraron oculto en la cueva. Al verlo entre algunos arbustos cubierto de pieles, creyeron que era un animal. Conocieron al servidor de Dios y muchos de ellos cambiaron sus instintos feroces por la gracia de una vida piadosa. Entonces su nombre fue conocido por todos los lugares vecinos y, desde ese momento, se dio el hecho de que muchos comenzaran a frecuentarlo y le llevaban alimentos para el cuerpo y de su boca se llevaban en su pecho alimentos de vida.



Un día en que estaba solo se presentó el tentador. Un ave pequeña y negra, la que vulgarmente se llama mirlo, comenzó a revolotear cerca de su cara y a acercarse importunamente a su rostro al punto de que el santo varón hubiera podido cazarla con la mano si así lo hubiera querido, pero alejó al ave trazando el signo de la cruz. Siguió, entonces, a la partida del ave una tentación de la carne como nunca la había experimentado el santo varón. Un tiempo antes él había visto a una mujer que el espíritu maligno se la volvía ahora a presentar a los ojos de la mente y encendió con tal fuerza la llama del amor en su pecho que ya pensaba abandonar el desierto, vencido por la pasión.

2 Súbitamente, asistido por la gracia celestial, volvió sobre sí mismo y al ver cerca un espeso matorral de ortigas y espinas, se quitó la ropa y se arrojó desnudo sobre aquellas agudas espinas y plantas urticantes. Dio vueltas allí largo tiempo y salió con su cuerpo todo lacerado. Y así con las heridas de la piel quitó del cuerpo las heridas del espíritu ya que cambió el placer en dolor y cuando ardió externamente por medio de un castigo beneficioso, se extinguió lo que en su interior ardía ilícitamente. Venció el pecado porque cambió el incendio.

3 A partir de ese momento, como él mismo les decía después a los discípulos, la tentación de la voluptuosidad quedó tan dominada que no volvió a experimentar nada semejante.



Después de esto muchos comenzaron a abandonar el mundo y frecuentar su magisterio. Liberado del mal de la tentación, podía ya con razón constituirse en maestro en virtudes. Es por esto que fue ordenado por Moisés que los levitas debían prestar el servicio con más de veinticinco años, pero serían custodios de los vasos sagrados a partir de los cincuenta años (*cfr Nm 8, 24-26*).

4 PEDRO. Empiezo a comprender el sentido de esa disposición, pero te ruego que me lo expliques más detalladamente.

GREGORIO. Es evidente, Pedro, que en la juventud arde la tentación de la carne, pero a partir de los cincuenta años el ardor del cuerpo se apacigua. Los vasos sagrados son, por otra parte, las almas de los fieles. Cuando los elegidos, todavía se encuentran en tentación, es necesario que se humillen y trabajen y se cansen con los trabajos y servicios, pero cuando en la edad tranquila del alma cesa el calor de la tentación, son custodios de los vasos sagrados porque pueden ser conductores de almas.

5 PEDRO. Confieso que me agrada lo que dices, pero ya que aclaraste exponiendo los secretos de tal disposición te ruego que retomes la vida del justo que habías comenzado.



SOBRE UNA VASIJA DE CRISTAL QUEBRADA CON EL SIGNO DE LA CRUZ



GREGORIO. Alejada, pues, la tentación, el varón de Dios, como una tierra cultivada liberada de espinas, dio el fruto más fecundo para la cosecha de virtudes. Y así por la fama de su eximio modo de vida su nombre fue célebre.

2 No lejos de allí había un monasterio y el padre de esta comunidad murió. Todos los de esa comunidad fueron a ver al venerable Benito y, con gran insistencia, le pidieron que los presidiera. El, negándose, lo difirió durante largo tiempo y les anticipó que sus costumbres no podrían ajustarse a las de los hermanos, pero vencido al fin por los ruegos dio su consentimiento.

3 Cuando impuso en el monasterio la observancia de la vida regular y a nadie, como antes, le era lícito apartarse del camino de la perfección ni a la derecha ni a la izquierda, los hermanos puestos bajo su protección, enfurecidos insensatamente, comenzaron, primero, a acusarse los unos a los otros porque lo habían propuesto para que los dirigiera ya que la tortuosidad de ellos rechazaba su norma de rectitud. Y viendo que con él lo ilícito no era lícito, se lamentaron por tener que dejar lo acostumbrado y pensaban que era duro considerar cosas nuevas con la mente en lo anterior. Como para las costumbres de los malos siempre es una carga la vida de los buenos, comenzaron a tramar su muerte.

4 Tomada una resolución, mezclaron veneno en el vino. Cuando el vaso de vidrio en el que estaba la bebida mortal, estando sentados a la mesa, le fue presentado al padre para que, según la costumbre del monasterio, lo bendijera, Benito extendiendo la mano hizo



el signo de la cruz y el vaso que estaba distante de él se rompió con el signo como si en ese vaso de la muerte, por el signo de la cruz, hubiera golpeado una piedra. Comprendió enseguida el varón de Dios que el vaso contenía una bebida de muerte ya que no pudo resistir el signo de la vida. Se levantó enseguida y con rostro sereno y tranquilidad de espíritu, convocó a los hermanos y les habló diciendo: “El Dios omnipotente, hermanos, se compadezca de vosotros. ¿Por qué quisieron hacer esto conmigo? ¿Acaso no les dije antes que las costumbres de ustedes no estaban de acuerdo con las mías? Vayan y búsqense un padre de acuerdo con las costumbres de ustedes porque después de esto no pueden tenerme a mí”.

5 Volvió, entonces, al lugar de su amada soledad y sólo ante los ojos del celestial Espectador habitó consigo.

PEORO. Entiendo muy poco claramente qué quiere decir “habitó consigo”.

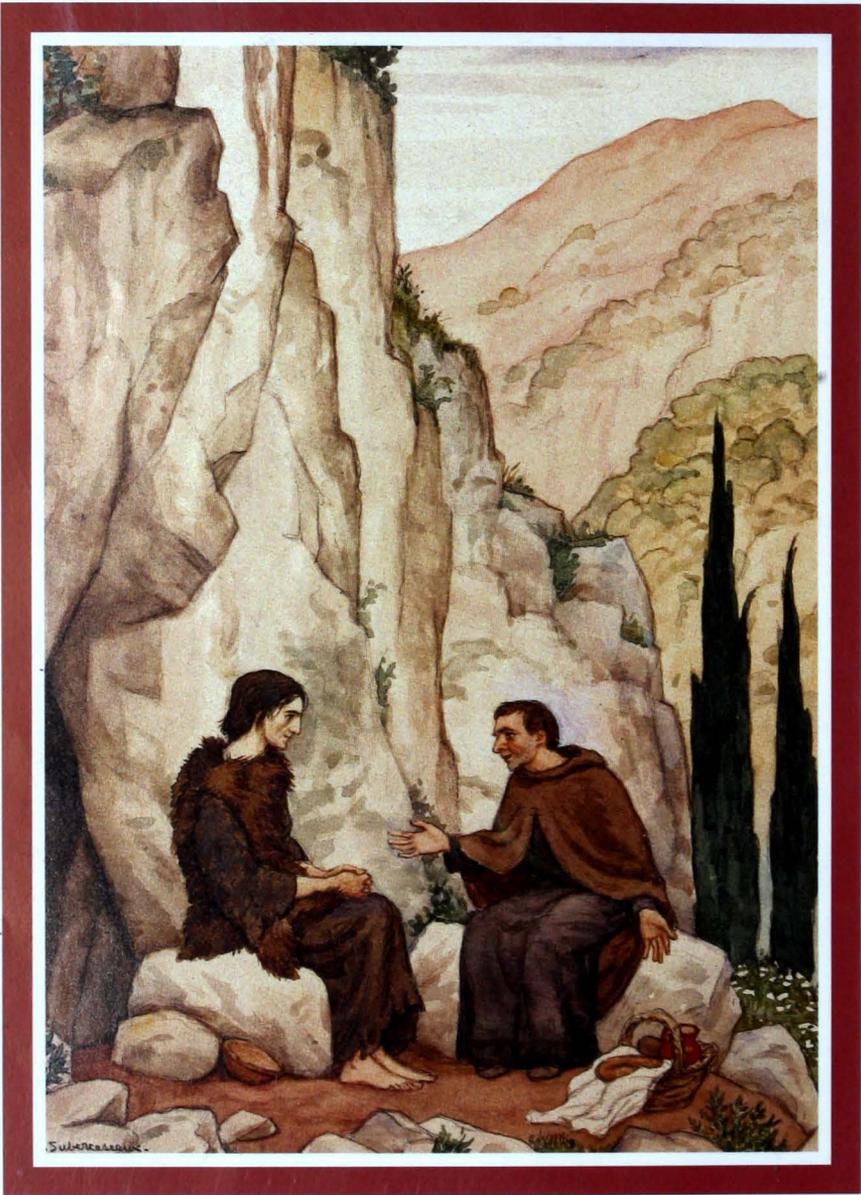
GREGORIO. Si el santo varón hubiera querido tener por más tiempo sometidos contra su voluntad a los que, todos de acuerdo, conspiraron contra él y que diferían mucho con su modo de vida, quizás hubiera excedido sus propias fuerzas y los límites de su tranquilidad apartando los ojos de su alma de la luz de la contemplación; y entregándose cada día a la corrección de todos ellos, poco se ocuparía de la propia y se abandonaría, tal vez, a sí mismo sin aprovechar a ellos. Cada vez que somos sacados de nosotros mismos en exceso por la agitación de los pensamientos, somos nosotros pero no estamos con nosotros porque, distraídos por las otras cosas, no reparamos en nosotros mismos.

6 ¿Podemos decir, acaso, que estaba consigo mismo aquel que partió a una región lejana, gastó la parte que había recibido, *se arregló con uno de los habitantes de ese lugar para apacentar puercos*, a los que veía comer las bellotas y él estar con hambre? Y entonces,



SAN BENITO REZA PARA QUE SE COMPONGA LA CRIBA ROTA Y
OBRA SU PRIMER MILAGRO

Capítulo I



UN SACERDOTE CELEBRA LA PASCUA CON
SAN BENITO EN SUBIACO

Capitolo I

III

en aquella soledad, muchos se le unieron en aquel lugar para estar al servicio del Dios omnipotente por lo que allí construyó, con la ayuda del omnipotente Señor Jesucristo, doce monasterios a los que, constituidos los abades, asignó doce monjes y retuvo con él unos pocos a los que juzgó necesario todavía formar en su presencia.

14 Comenzaron, entonces, a llegar hasta él nobles y piadosos de la ciudad de Roma para darle a sus hijos a fin de que fueran educados en Dios omnipotente. Fue también entonces cuando Eutiquio y el patricio Tértulo entregaron los hijos de todas sus esperanzas Mauro y Plácido. De éstos Mauro, el más joven, que se destacaba por las buenas costumbres, comenzó a ayudar al maestro, y Plácido todavía estaba en los años de la edad infantil.

C A P I T U L O I V

SOBRE UN MONJE DE MENTE DISPERSA AL QUE SE LE GUIÓ HACIA EL BIEN



En uno de esos monasterios que había construido alrededor, había un monje que no podía permanecer en la oración sino que, no bien los hermanos se inclinaban para dedicarse a la oración, él salía afuera y, con la mente distraída, consideraba cosas terrenas y transitorias. Había sido advertido reiteradas veces por su abad y fue llevado al varón de Dios, quien también le reprimió fuertemente su necedad. Volvió al monasterio y tan sólo por dos días respetó la advertencia del varón de Dios, pues al tercer día volvió a su habitual costumbre y comenzó a divagar durante el tiempo de oración.



2 Cuando le fue comunicado esto al siervo de Dios por el padre que él había constituido para ese monasterio, dijo: "Iré yo y le corregiré personalmente". Había llegado el varón de Dios al monasterio y a la hora fijada, concluida la salmodia y entregados los hermanos a la oración, vio que a este monje que no podía permanecer en oración, un jovencito negro lo arrastraba hacia afuera por el ruedo del vestido. Entonces secretamente le dijo al padre del monasterio, que se llamaba Pompeyano, y al siervo de Dios Mauro: "¿No ven quién es el que arrastra hacia afuera a este monje?" Ellos respondieron: "No". Les dijo: "Oremos para que también ustedes vean a quién sigue el monje". Habiendo orado durante dos días, el monje Mauro vio pero Pompeyano, el padre del monasterio, no pudo ver.

3 Al día siguiente, terminada la oración, el varón de Dios salió del oratorio, encontró al monje que estaba parado afuera y lo golpeó con una vara por la ceguera de su corazón. Desde ese día ya el joven no sufrió más en adelante ninguna persuasión interior del jovencito negro, sino que permanecía inmóvil en la aplicación a la oración. Así el antiguo enemigo no se atrevió más con sus pensamientos tal como si hubiera sido él el castigado con la vara.

SOBRE EL AGUA QUE HIZO BROSTAR DE UNA ROCA EN LA CIMA
DE UN MONTE

Entre los monasterios que había construido en aquel lugar, tres estaban en la cima de montañas rocosas y era sumamente trabajoso para los hermanos bajar al lago siempre que debían sacar agua, tanto más que por el costado en pendiente de la montaña era un gran peligro para los que descendían con miedo. Se reunieron, entonces, los hermanos de estos tres monasterios y fueron a lo del siervo de Dios Benito para decirle: “Es penoso para nosotros descender todos los días al lago por el agua; es necesario, por esto, cambiar de lugar los monasterios”.

2 Bondadosamente consolados, los despidió y aquella misma noche subió a la cima de la montaña con el niño llamado Plácido del que hablé anteriormente, y ahí oró durante largo tiempo. Al terminar la oración puso tres piedras en el lugar como una señal y volvió a su monasterio sin que nadie allí se enterara.

3 Al día siguiente cuando volvieron a él los hermanos mencionados por la necesidad del agua, dijo: “Vayan y sobre la roca en la que encuentren tres piedras puestas una sobre otra caven un poco, puesto que el Dios omnipotente puede hacer surgir agua en la cima de ese monte dignándose liberarlos de lo penoso de tal camino”.

Ellos fueron y encontraron la roca del monte que Benito les había dicho vertiendo ya agua. Al hacer en ella una concavidad, enseguida se llenó de agua, que surgía tan abundantemente que brota hasta ahora en cantidad y corre desde la cima hasta el pie de esa montaña.



SOBRE UNA HERRAMIENTA QUE, DESDE EL FONDO DEL AGUA,
VOLVIÓ A SU MANGO

También en otra ocasión, un godo pobre de espíritu llegó para la vida monástica. El varón del Señor, Benito, lo recibió gustosamente.

Un día ordenó que le dieran una herramienta que es parecida a una hoz y que se llama falcastro, para que cortara las zarzas en un lugar en el que debía hacerse un huerto. El lugar que había recibido el godo para limpiarlo estaba sobre la orilla de un lago. Al cortar el godo con la fuerza de todas sus energías el denso matorral, saltó la herramienta del mango y cayó en el lago, donde era tanta la profundidad de las aguas que no quedaba ninguna esperanza de recuperar la herramienta.

2 Perdida la herramienta, el godo tembloroso corrió a contárselo al monje Mauro, le dijo el daño que había causado e hizo penitencia por su culpa. También el monje Mauro se ocupó de informar enseguida al siervo de Dios Benito. Al escuchar esto el varón de Dios Benito llegó hasta el lugar, tomó de la mano del godo el mango y lo arrojó al lago y, enseguida, la herramienta volvió desde el fondo y se ajustó al mango. Devolviéndole enseguida la herramienta al godo, le dijo: "Aquí está, trabaja y no te aflijas" (*cf. 2 R 6, 5-7*).

SOBRE UN DISCÍPULO SUYO QUE CAMINÓ
SOBRE LAS AGUAS

Un día en el que el venerable Benito permanecía en la celda, el niño mencionado Plácido, monje del santo varón, salió a sacar agua del lago. Al sumergir descuidadamente la vasija que llevaba en el agua, cayó él también tras ella. Lo arrastró enseguida la corriente y lo llevó hacia adentro casi la distancia de un tiro de flecha desde tierra. El varón de Dios, que estaba en la celda, conoció esto enseguida y llamando inmediatamente a Mauro le dijo: “Hermano Mauro, corre pues el niño que había ido a sacar agua cayó en el lago y la corriente lo arrastra lejos”.

2 ¡Cosa admirable y desconocida desde el apóstol Pedro! (*cfr Mt 14, 28-29*).

Pedida y recibida la bendición, Mauro se apresuró en marchar a cumplir la orden de su padre y creyendo que caminaba sobre tierra llegó hasta el mismo lugar en el que la corriente arrastraba al niño corriendo sobre agua, lo tomó por los cabellos y volvió enseguida también corriendo. Apenas llegó a tierra, volviendo en sí, miró hacia atrás y comprendió que había corrido sobre las aguas y lo que no hubiera podido pensar que haría le hizo temer, asombrado porque había sucedido.

3 Al volver al padre refirió la hazaña, pero el hombre venerable Benito comenzó por atribuirlo no a sus méritos sino a la obediencia de él. Por lo contrario Mauro decía que sucedió sólo por su mandato y que él no tenía parte en aquel milagro que había hecho ignorándolo. En esta discusión amistosa de mutua humildad se constituyó árbitro el niño que había sido salvado, pues decía: “Yo, cuando era sacado del agua,



veía sobre mi cabeza la melota del abad y veía que era él quien me sacaba del agua”.

4 PEDRO. Muy grandiosas son las cosas que cuentas y serán de provecho para la edificación de muchos. Por mi parte, cuanto más bebo de los milagros de este buen hombre, más sed tengo.



C A P I T U L O V I I I

SOBRE UN PAN ADULTERADO CON VENENO ARROJADO LEJOS
POR UN CUERVO



GREGORIO. Cuando ya aquel lugar a lo largo y a lo ancho se había inflamado en el amor del Señor Dios Jesucristo, muchos dejaron la vida del mundo y sometieron la dureza del corazón al suave yugo del Redentor (*cfr Mt 11, 30*).

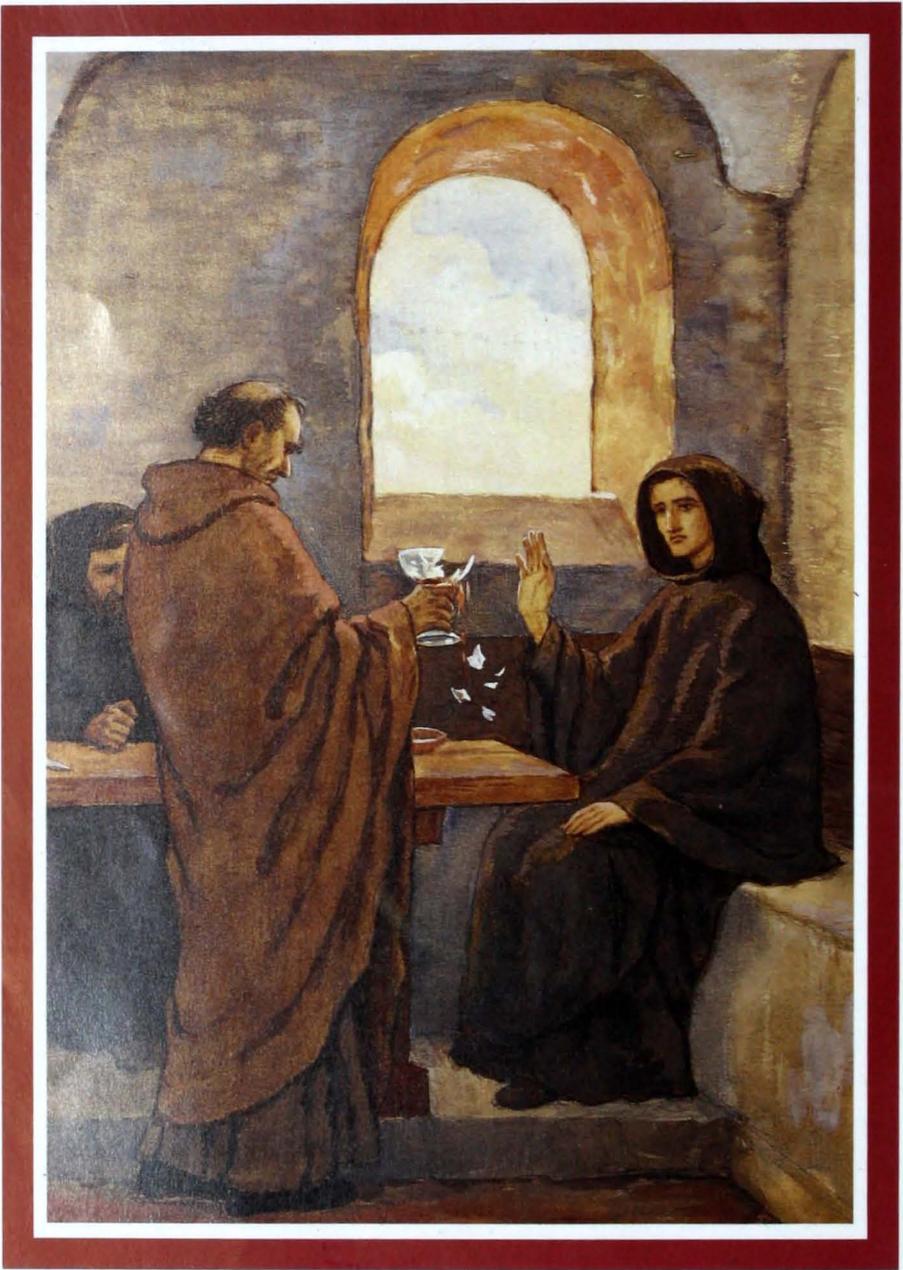
Como es costumbre de los malos envidiar en los otros el bien de la virtud que



EUTQUIO Y TÉRTULO LLEVAN A SAN BENITO SUS HIJOS
MAURO Y PLÁCIDO

Capítulo III

IV



EPISODIO DE LA VASIJA ROTA CON LA SEÑAL DE LA CRUZ

Capítulo III

ellos no desean poseer, el presbítero de una iglesia cercana que se llamaba Florencio, abuelo de nuestro subdiácono Florencio, incitado por la malicia del antiguo enemigo, comenzó a tener envidia de las observancias de tal hombre, a difamar su modo de vida y a apartar a cuantos podía de su trato.

2 Al ver que ya no podía impedir su progreso y crecía la fama de su modo de vida y que también por el prestigio de su nombre muchos eran llamados a este estado de mejor vida, encendido más y más por las llamas de la envidia, hacía lo peor porque deseaba la alabanza de aquel modo de vida pero no quería tener vida laudable.

Cegado por las tinieblas de la invidia, fue llevado hasta el punto de enviar al siervo del omnipotente Dios un pan adulterado con veneno como presente. El varón de Dios lo recibió con acción de gracias, pero no se le ocultó que en el pan se escondía veneno.

3 A la hora de su comida acostumbraba a llegar de la selva vecina un cuervo que recibía el pan de su mano. Cuando el cuervo llegó como de costumbre, el varón de Dios arrojó ante el cuervo el pan que le había enviado el presbítero y le ordenó diciendo: "En nombre del Señor Jesucristo toma este pan y arrójalo en un lugar tal que no pueda ser encontrado por ningún hombre". Entonces el cuervo, abierto el pico, desplegadas las alas, comenzó a dar vueltas alrededor del pan y a graznar como si claramente dijera que él quería obedecer pero, sin embargo, no podía cumplir la orden. El varón de Dios una y otra vez le ordenaba diciendo: "Levanta, levanta tranquilo y arrójalo allí donde no pueda ser encontrado". Demorando bastante tiempo, al final el cuervo mordió el pan, lo levantó y se fue. Transcurrido un espacio de tres horas, habiendo arrojado el pan, volvió y recibió de la mano del hombre de Dios el alimento que acostumbraba (*cf. 1 R 17, 4-6*).

4 Al ver el venerable padre que el ánimo del sacerdote se enardecía contra su vida, se



dolió más por él que por sí mismo. Mas el mencionado Florencio, porque no pudo matar el cuerpo del maestro, se encendió en deseos de matar las almas de sus discípulos. Por esto al huerto del monasterio en el que estaba Benito, ante los ojos de ellos mandó siete jóvenes desnudas que, en su presencia, se tenían las manos unas con otras y que jugando durante mucho tiempo, inflamaron sus almas en la perversión de la lascivia.

5 Viendo esto el santo varón desde su celda, temiendo por los discípulos todavía débiles y al considerar que esto sólo se hacía en persecución suya, le hizo lugar a la envidia y ordenó todos los oratorios que había construido bajo los prepositos establecidos, agregando hermanos y apartando con él unos pocos monjes, cambió su residencia de lugar.

6 No bien el varón de Dios humildemente se apartó de su odio, el Dios omnipotente persiguió terriblemente a aquél. Cuando el mencionado presbítero estaba en la terraza, al haber conocido que Benito había partido y alegrarse, permaneciendo intacta toda la construcción de la casa, se cayó la terraza en la que él estaba y el enemigo de Benito murió aplastado.

7 El discípulo del varón de Dios llamado Mauro consideró que debía anunciarle al momento al venerable padre Benito, que todavía estaba a unas diez millas de aquel lugar, y le dijo: "Vuelve porque el presbítero que te perseguía murió". Al escuchar esto el varón de Dios Benito, prorrumpió en profundos lamentos porque el enemigo había muerto y porque el discípulo se alegraba con la muerte del enemigo. Por esta razón impuso una penitencia al discípulo ya que mandando tal noticia se había permitido alegrarse con la muerte del enemigo.

8 PEDRO. Son admirables y muy extraordinarias las cosas que dices. En el agua sacada de la roca veo a Moisés (*cf. Nm 20, 7-11*); en la herramienta que volvió de lo profundo del agua,

a Eliseo (*cf. 2 R 6, 5-7*); en el caminar sobre las aguas, a Pedro (*cf. Mt 14, 28-29*); en la obediencia del cuervo, a Elías (*cf. 1R 17, 4-6*); en el dolor por la muerte del enemigo, a David (*cf. 2 S 1, 11-12*). Por lo que veo, este hombre estuvo lleno del espíritu de todos los justos.

9 GREGORIO. Pedro, el hombre del Señor, Benito, tuvo sólo un espíritu que, por la gracia de la Redención que nos fue dada, llenó los corazones de todos los elegidos, el de quien Juan dijo: *Era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Jn 1, 9)* y de quien también se escribió otra vez: *De su plenitud todos hemos recibido (Jn 1, 16)*. Los santos hombres de Dios pudieron obtener del Señor estos poderes, pero no transmitirlos a otros. Dio a sus seguidores signos de milagros, el que prometió a sus enemigos que se les daría el signo de Jonás (*cf. Mt 12, 39 y 16, 4*), el que se dignó morir ante los soberbios y resucitar ante los humildes para que aquéllos vieran a quién habían despreciado y éstos a quién debían amar con veneración (*cf. Jn 19, 37; Za 12, 10*). Por este misterio sucede que mientras los soberbios veían la humillación de la muerte, los humildes recibían la gloria del poder contra la muerte (*cf. Lc 1, 50-53*).

10 PEDRO. Después de esto, te pregunto, a qué lugares se trasladó el santo varón y si en ellos realizó algunos milagros, házmelos conocer.

GREGORIO. El santo varón al ir a otros lugares, cambió el lugar pero no el enemigo. Sobrellevó después combates tanto más fuertes cuanto encontró al mismo maestro de la maldad luchando abiertamente contra él.

La fortaleza llamada Casino está situada en el costado de un monte alto, como si el monte, en una dilatada profundidad, acogiera allí esta fortaleza y levantándose unas tres millas extendiera su cima hasta el cielo. Hubo allí un templo antiquísimo



en el que, por la costumbre de los antiguos paganos, un ignorante pueblo de aldeanos rendía culto a Apolo. En los alrededores se habían desarrollado bosques para el culto a los demonios y, todavía en ese tiempo, en ellos la multitud enloquecida de los infieles se extenuaba con sacrificios sacrílegos.

11 Al llegar allí el varón de Dios, destrozó el ídolo, derribó el altar, cortó los árboles (*cf. Ex 34, 13; Dt 7, 5*) y, en el mismo templo de Apolo, construyó un oratorio al bienaventurado Martín y donde estuvo el altar de Apolo, un oratorio para San Juan. Con su predicación continua llamaba a la fe a todos los que vivían en los alrededores.

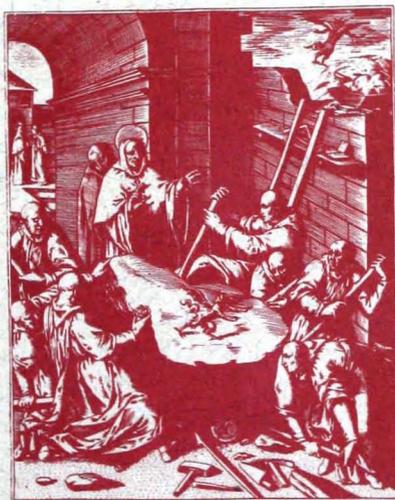
12 El antiguo enemigo, no soportando esto en silencio, no ocultamente ni en un sueño, sino que con clara visión se presentaba a los ojos del padre y se quejaba con grandes gritos de la violencia que él tenía que padecer (*cf. Mt 8, 29*) de tal modo que los hermanos escuchaban sus gritos aunque no vieran la imagen. Como el venerable padre decía a sus discípulos, se aparecía ante sus ojos corporales horrible y en llamas y que parecía amenazarlo con su boca y sus ojos llameantes. Y en verdad lo que él decía todos lo escuchaban: primero lo llamaba por el nombre y como el varón de Dios no le respondía, enseguida lo atacaba con insultos. Cuando gritaba diciendo: “Benito, Benito”, al ver que él no le respondía en absoluto, enseguida agregaba: “Maldito, no Bendito ¿qué tienes conmigo? ¿Por qué me persigues? (*cf. Hch 9, 4*).

13 Pero ahora debemos ver ya los nuevos combates del antiguo enemigo contra el siervo de Dios, a quien quiso atrapar, ciertamente, en la lucha; pero, por lo contrario, le dio ocasiones de victoria.

SOBRE UNA ENORME PIEDRA DESPLAZADA POR SU ORACIÓN



Un día en que los hermanos construían las habitaciones de su monasterio, había en el medio una piedra que decidieron sacarla por el edificio. Como dos o tres hermanos no pudieron moverla se agregaron muchos, pero permanecía tan inmóvil como si tuviera raíces en la tierra, con lo que se dio a entender claramente que sobre ella se había sentado el antiguo enemigo ya que los brazos de tantos hombres no la podían mover. Surgida esta dificultad, se avisó al varón de Dios para que fuera y ahuyentando al enemigo con la oración, pudieran levantar la piedra. Llegó enseguida, hizo oración y dio la bendición y la piedra fue levantada con tanta rapidez como si antes no hubiera tenido ningún peso.



SOBRE UN INCENDIO IMAGINARIO DE LA COCINA



Le pareció oportuno al varón de Dios que en su presencia cavaran la tierra en ese mismo lugar. Al cavarla penetraron más profundo y los hermanos encontraron allí un ídolo de bronce. Arrojado al momento accidentalmente en la cocina, se vio salir fuego repentinamente y se evidenció a los ojos de todos los monjes que se quemaría toda la construcción de la cocina.

2 Y como echando agua para extinguir el fuego hicieran gran estrépito, alertado por tal tumulto llegó el varón de Dios. Al entender que ese fuego estaba en los ojos de los hermanos pero no en los suyos, bajó enseguida la cabeza en oración y a los hermanos que había encontrado engañados por un fuego fantástico, les ordenó vieran con sus ojos para que se cercioraran de que la construcción de la cocina estaba intacta y que no vieran llamas que las simulaba el antiguo enemigo.

SOBRE UN JOVEN SIERVO DE DIOS QUEBRADO Y CURADO



En otra ocasión mientras los hermanos levantaban algo más arriba una pared porque era así necesario, el varón de Dios permanecía en su celda en oración. Se le apareció, entonces, el antiguo enemigo y le advirtió que él se iba hacia donde estaban trabajando los hermanos.

Rápidamente el varón de Dios envió a los hermanos un mensajero con esta advertencia: “Cuidense, hermanos, porque en este momento el espíritu maligno se dirige hacia ustedes”. No bien terminó de hablar el que llevaba este mensaje, el espíritu maligno derrumbó la pared que estaban levantando y, al caer, aplastó oprimiendo a un joven monje, hijo de un magistrado. Todos quedaron impresionados y sumamente afligidos no ya por la caída de la pared sino por el accidente del hermano y fueron bien rápido a informar sobre tan grave hecho al venerable padre Benito.

2 El padre ordenó que le llevaran al niño destrozado, pero sólo pudieron hacerlo con un lienzo porque las piedras de la pared destruida habían desgarrado no sólo los miembros sino también los huesos. El varón de Dios les indicó que, enseguida, lo dejaran en su celda sobre lo que comúnmente se conoce como estera, en la que él tenía por costumbre orar. Despidió a los hermanos pidiéndoles que salieran, cerró la celda y se postró en una oración más intensa que otras veces. Suceso admirable: en el mismo momento recuperó intacto y fuerte como antes, como para que pudiera continuar el mismo trabajo y completar con los hermanos la pared, al monje a través de quien el antiguo enemigo había buscado perjudicar a Benito.

3 Comenzó desde ese momento el varón de Dios a tener, también, el espíritu de profecía: a predecir las cosas futuras y a informar a quienes lo rodeaban de cosas que estaban ocurriendo a distancia.

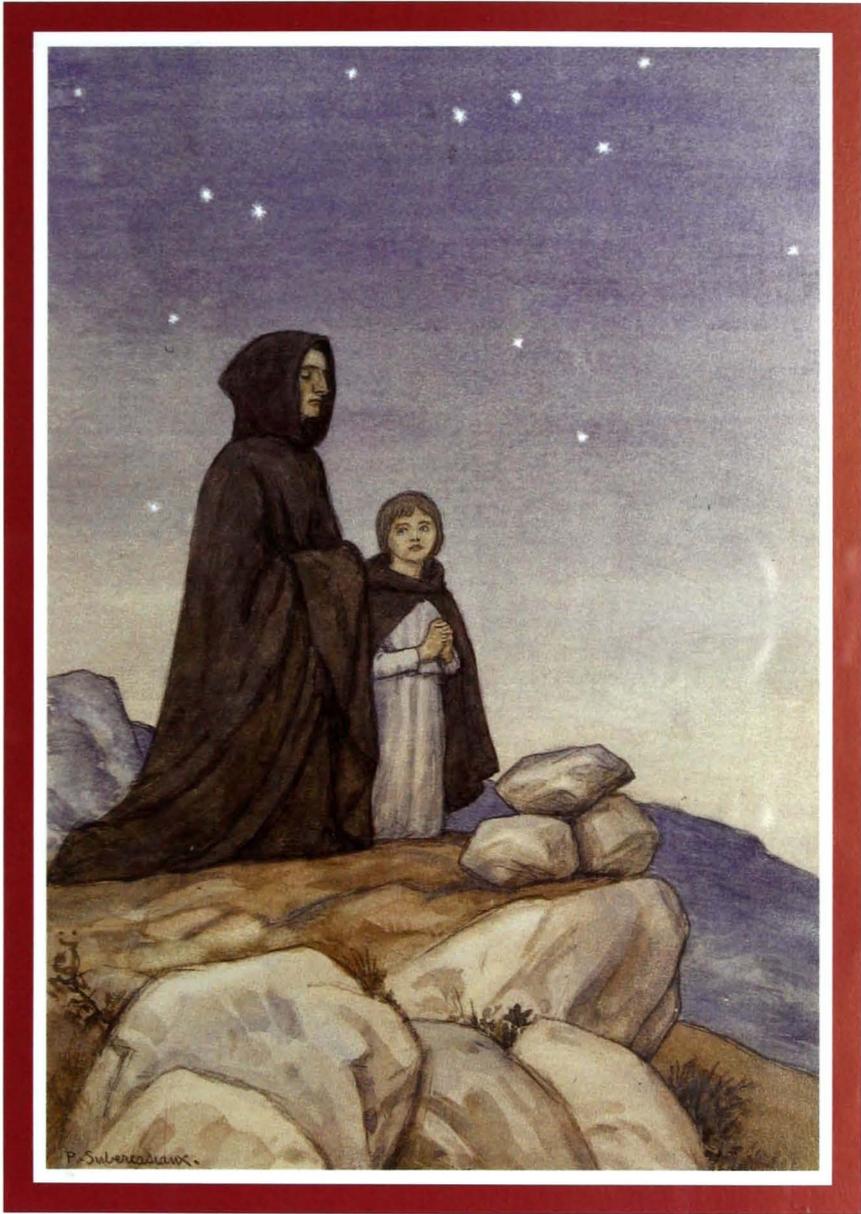


SOBRE LOS SIERVOS DE DIOS QUE TOMARON ALIMENTOS CONTRA LA REGLA



Era costumbre en el monasterio que, cada vez que los hermanos tenían que salir para alguna obligación, no tomaran fuera del monasterio ni comida ni bebida. Esta prescripción de la Regla se observaba cuidadosamente hasta que un día unos hermanos salieron para una tarea que los obligó a demorarse hasta una hora más tardía. Esperaron en la casa de una mujer religiosa que conocían y allí recibieron alimento.

2 — Cuando ya muy tarde volvieron al monasterio pidieron, como es costumbre, la bendición del padre. El, enseguida, les preguntó: “¿Dónde han comido?”. Le respondieron diciendo: “En ninguna parte”. El les dijo: “¿Por qué mienten de esa forma? ¿Acaso no han entrado en la casa de tal mujer? ¿Y no han aceptado tales alimentos? ¿Y no han bebido tantas copas? Al escuchar que el venerable padre conocía la hospitalidad dada por la mujer, las clases de alimentos y el número de copas tomadas, reconocieron todo lo que habían hecho y, postrándose temerosos a sus pies, se acusaron de haber faltado. Les perdonó enseguida la culpa pero deberían tener en cuenta que, en lo sucesivo, no debían volver a hacer tales cosas en su ausencia pues ya sabían que él, en espíritu, estaba presente.



SAN BENITO ORA CON PLÁCIDO EN EL MONTE, JUNTO A LAS
PIEDRAS DE LAS QUE BROTARA AGUA

Capítulo V



MAURO CAMINA SOBRE LAS AGUAS Y RESCATA A PLÁCIDO POR
ORDEN DE SAN BENITO

Capítulo VII

SOBRE UN COMPORTAMIENTO SIMILAR DEL HERMANO DEL MONJE
VALENTINIANO

El hermano del monje Valentiniano, del que ya he hecho mención anteriormente, era un hombre laico pero piadoso. El, para encomendarse a la oración del siervo de Dios y poder ver a su hermano de sangre, acostumbraba a ir, en ayunas, cada año, desde el lugar en que vivía hasta el monasterio. Un día, mientras hacía ese camino hacia el monasterio, se le unió otro viajero que llevaba alimentos para tomar en el camino. Cuando ya la hora había avanzado mucho, dijo: “Hermano, tomemos alimentos para así no desfallecer en el camino”. Pero le respondió: “Hermano, no haré tal cosa porque mi costumbre es ir siempre en ayunas hasta lo del venerable padre Benito”. Después de recibir esta respuesta, el compañero de viaje se mantuvo en silencio por un rato.

2 Después, cuando ya habían hecho otro trecho de camino, de nuevo lo invitó a comer, pero no quiso aceptar puesto que estaba resuelto a llegar en ayunas. Calló el viajero que lo había invitado a comer y aceptó el seguir caminando algo más en ayunas. Cuando ya habían recorrido un largo trecho y la hora tardía agotaba a los caminantes, se encontraron en el camino con un prado que tenía un manantial y cuanto podía ser agradable para recuperar las fuerzas. Entonces el acompañante le dijo: “Aquí hay agua, tenemos un prado; es un lugar agradable en el que podemos reponernos y descansar un poco para poder continuar después nuestro camino sin dificultad”. Y entonces, como lo que escuchaba con los oídos y el lugar que veían le agradaban, se convenció ante esta tercera invitación, aceptó y comió.



3 Al atardecer llegó al monasterio, se presentó al venerable padre Benito y le pidió la bendición. Enseguida el santo varón lo reprendió por lo que había hecho y le dijo: “¿Qué es esto, hermano? El maligno enemigo, que te ha hablado a través de tu compañero y que no pudo persuadirte ni la primera vez ni tampoco la segunda, te convenció a la tercera y triunfó en lo que él quería”. Entonces él, reconociendo la culpa por la debilidad de su voluntad, se arrojó a sus pies y comenzó a culparse y a llorar su falta tanto más cuanto reconocía que había faltado, aun cuando él estaba ausente, ante los ojos del padre Benito.

4 PEDRO. Yo veo que en el corazón de este santo varón estaba el espíritu de Eliseo, quien, en ausencia, presenció lo que el discípulo hacía (*cf* 2 R 5, 26).

GREGORIO. Conviene, Pedro, que calles por ahora para que conozcas hechos aun más grandes.

C A P I T U L O X I V

SOBRE UNA SIMULACIÓN DEL REY TOTILA SORPRENDIDA



En tiempos de los godos su rey Totila escuchó que el santo varón tenía el espíritu de profecía. Entonces se dirigió hasta su monasterio y, antes de llegar, le hizo anunciar su visita. Inmediatamente le fue comunicado desde el monasterio que fuera. Como él poseía un espíritu malsano, intentó conocer si era verdad que el varón de Dios tenía espíritu de profecía. Facilitó sus botas a uno de sus escuderos llamado

Rigo y lo vistió con un traje real ordenándole que se presentara ante el hombre de Dios como si fuera él en persona. Lo envió, para su atención, con tres acompañantes de los que, entre otros, solían ir con él, a saber: Vult, Rudencio y Blidin. Ellos, acompañándolo a su lado, simularían ante los ojos del siervo de Dios que él era el rey Totila. También agregó otros honores y acompañantes para que, ya por esos honores, ya por los trajes de púrpura, fuera considerado el rey.

2 Cuando Rigo, ostentando sus vestiduras y rodeado de numerosos acompañantes, llegó al monasterio, el varón de Dios se encontraba, sentado, a bastante distancia. Al verlos llegar esperó a poder ser escuchado y, entonces, alzó la voz diciendo: “Deja, hijo, sácate lo que llevas. No es tuyo”. Rigo cayó enseguida en tierra y mucho se atemorizó por haberse atrevido a burlarse de tan gran hombre. Todos los que habían ido con él hasta el hombre de Dios cayeron en tierra consternados. Al levantarse no se animaron ni tan siquiera a acercarse algo hasta él sino que se volvieron hacia su rey y, temblorosos, le contaron con qué prontitud habían sido descubiertos.

C A P I T U L O X V

SOBRE LA PROFECÍA QUE HIZO AL MISMO REY TOTILA

Entonces Totila fue él mismo hacia el hombre de Dios. Cuando, desde lejos, lo vio sentado, no se atrevió a acercarse y se postró en tierra. El varón de Dios le repitió dos o tres veces: “Levántate”. Pero como no se animaba a levantarse del suelo ante él, Benito, el



siervo del Señor Jesucristo, se dirigió él mismo hacia el rey que permanecía postrado. Lo levantó de la tierra, lo reprendió por sus acciones y, en pocas palabras, le anunció todo lo que le iba a suceder diciéndole: “Estás haciendo daño y ya es mucho el que has hecho. Reprime de una vez tu maldad. Podrás, ciertamente, entrar en Roma, atravesar el mar y reinarás nueve años, pero al décimo morirás”

2 Cuando el rey escuchó esto, muy atemorizado, le pidió oraciones y se retiró. Desde aquel momento fue mucho menos cruel. Poco tiempo después llegó a Roma y continuó hasta Sicilia y durante el décimo año de su reinado, por disposición del omnipotente Dios, perdió el reino junto con la vida.

3 Por otra parte el obispo de la Iglesia de Canosa tenía por costumbre ir a lo del siervo de Dios y el varón de Dios lo apreciaba mucho por su vida meritoria. Una vez aquél, mientras conversaba con éste sobre la llegada del rey Totila y la destrucción de la ciudad de Roma, dijo: “Por este rey la ciudad será destruida y ya nunca más podrá ser habitada”. A esto el varón de Dios le respondió: “Roma no será exterminada por los bárbaros sino que se destruirá ella misma por tempestades, huracanes y ciclones y, además, la sacudirán movimientos de tierras”. El secreto de tal profecía es ahora, para nosotros, más claro que la luz porque vemos en esta ciudad sus murallas resquebrajadas, las casas derribadas, las iglesias destruidas por los huracanes y contemplamos cómo sus edificios, desgastados por una larga vejez, caen en un montón de ruinas.

4 Su discípulo Honorato, de quien es que yo he conocido este relato, asegura que él nunca escuchó esto de su boca pero que los hermanos le habían confirmado que así lo había dicho.



Por aquella misma época un clérigo de la iglesia de Aquino se veía atormentado por el demonio. El venerable varón Constantino, obispo de esa iglesia, lo había enviado a muchos santuarios de mártires a fin de que pudiera curarse. Pero los santos mártires de Dios no quisieron devolverle el bien de la salud para poder demostrar cuánta gracia había en Benito. Fue conducido hasta la presencia de Benito, el siervo de Dios omnipotente, quien elevó oraciones al Señor Jesucristo y expulsó del hombre poseído al antiguo enemigo. Después le ordenó al que había sanado: “Te vas y a partir de ahora no comas más carne ni quieras nunca recibir el orden sagrado. El día en que, temerariamente, pretendas el orden sagrado al momento te venderás de nuevo al poder del diablo”.

2 Se fue, entonces, el clérigo sano y, como el sufrimiento reciente mantiene el espíritu atemorizado, guardó por un tiempo lo que el varón de Dios le había indicado. Pero cuando, pasados muchos años, se habían ido muriendo todos los anteriores a él y veía que menores suyos lo aventajaban por las sagradas órdenes, olvidándose de las palabras del varón de Dios por el tiempo que ya había transcurrido, no las tuvo en cuenta y recibió las sagradas órdenes. Enseguida el diablo se apoderó de él cuando ya lo había dejado y desde entonces no cesó de atormentarlo hasta quitarle la vida.

3 **PEORO.** Este hombre, según veo, penetró también en los secretos de la divinidad ya que conoció que este clérigo precisamente había sido entregado al diablo a fin de que no se atreviera a recibir el orden sagrado.



GREGARIO. ¿Cómo no iba a conocer los secretos de la divinidad quien guardaba los preceptos de la divinidad, si está escrito: *El que se une al Señor se hace un solo espíritu con Él?* (1 Cor 6, 17).

4 PEDRO. Si el que se une al Señor se hace un solo espíritu con Él, ¿por qué es que el mismo destacado predicador dice en otra oportunidad: *¿Quién conoció el pensamiento del Señor? ¿O quién es su consejero?* (Rm 11, 34). Esto pareciera ser, evidentemente, una incoherencia: el que no se conozca el pensamiento de aquel con quien se ha sido hecho uno solo.

5 GREGARIO. Los santos varones en cuanto se hacen uno con el Señor no ignoran el pensamiento de Dios. Por esto es que el mismo Apóstol dice: *En efecto, ¿qué hombre conoce lo íntimo del hombre sino el espíritu del hombre que está en él? De igual forma, nadie conoce lo íntimo de Dios sino el Espíritu de Dios* (1 Cor 2, 11). Y para demostrar que conocía lo que era de Dios, agregó: *Pero nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo sino el Espíritu que viene de Dios* (1 Cor 2, 12). De aquí que en otro momento diga: *Lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni llegó al corazón del hombre, lo que Dios preparó para los que lo aman nos lo reveló por medio del Espíritu* (1 Cor 2, 9-10).

6 PEDRO. Entonces, si las cosas que son de Dios le fueron reveladas al Apóstol por el Espíritu de Dios, ¿por qué él, refiriéndose a lo que ya he citado (cf Rm 11, 34) se adelantó a decir: *¡Oh abismo de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Qué insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos!* (Rm 11, 33)? Y al decir estas cosas me surge otra duda ya que el profeta David al hablar con el Señor dice: *Con mis labios he contado todos los juicios de tu boca* (Sal 118, 13). Y como el conocer es anterior al expresar, ¿por qué Pablo afirma que los juicios de Dios son incomprensibles cuando David dice que no solamente conoce todas estas cosas sino que las ha expresado con sus labios?

7 GREGORIO. A estas dos cosas ya antes te he respondido brevemente al decirte que los santos varones, en cuanto están unidos al Señor, no ignoran el pensamiento del Señor. También todos los que siguen devotamente al Señor están ya con Dios por la devoción, pero, abrumados todavía por el peso de la carne corruptible, no están con Dios. Y, por esto, conocen los ocultos juicios de Dios en cuanto le están unidos, y no los conocen en cuanto le están desunidos. Entonces, como todavía no penetran perfectamente en sus secretos, afirman que sus juicios son incomprensibles. En cambio, en cuanto se hacen uno con El en espíritu, uniéndose ya por las palabras de la Sagrada Escritura, ya por ocultas revelaciones, entienden en la sola medida en que reciben y lo que entienden lo expresan. Pero los pensamientos que Dios calla los desconocen; conocen los que Dios les comunica.

8 Por esto es que habiendo dicho el profeta David: *Con mis labios he anunciado tus juicios (Sal 118, 13)* agregó enseguida: *de tu boca* como si dijera claramente. “Yo pude conocer y expresar tales juicios que entendí porque Tú los dijiste, ya que las cosas que no has hablado, indudablemente las dejas ocultas a nuestro conocimiento”. Así están de acuerdo, entonces, la afirmación del profeta y la del apóstol porque los juicios de Dios son incomprensibles y, sin embargo, en cuanto hayan sido manifestados por su boca serán anunciados por labios humanos porque lo revelado por Dios puede ser conocido por los hombres, pero lo que El ha callado, no.

9 PEDRO. Al hacer una objeción con mi pequeño cuestionamiento quedó claro el fundamento de ese razonamiento. Pero te ruego que continúes, si aún hay todavía cosas, con el poder de este hombre.



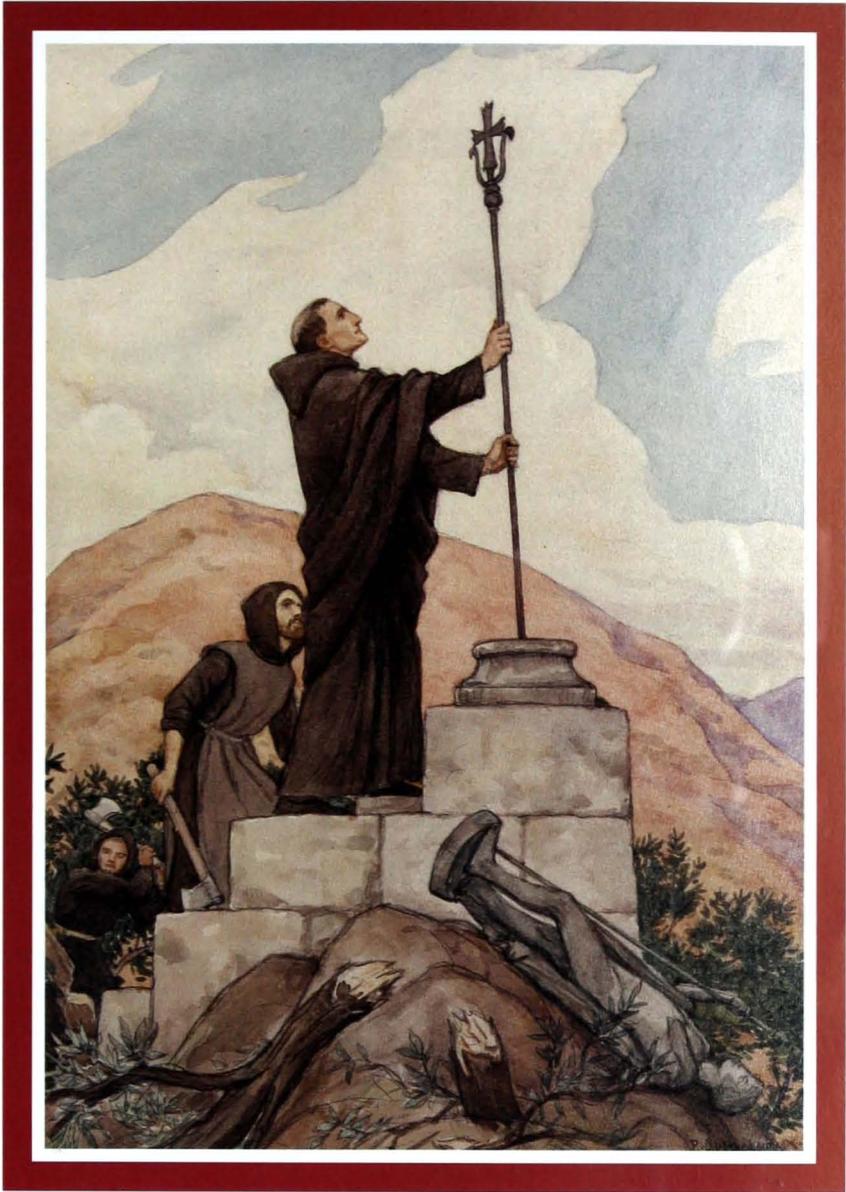
SOBRE LA PROFECÍA DE LA DESTRUCCIÓN DE SU MONASTERIO



GREGORIO. Un hombre de la nobleza llamado Teóprobo se había convertido por los consejos dados por el padre Benito, quien, dados los méritos de su vida, le tenía una gran confianza y familiaridad. Este hombre entró un día en la celda de Benito y lo encontró llorando amargamente. Esperó un largo rato y, como viera que las lágrimas no cesaban y que el varón de Dios no lloraba en la forma en que siempre acostumbraba cuando oraba sino que lo hacía apesadumbradamente, le preguntó cuál era la causa de tanto llanto. El varón de Dios le respondió enseguida: "Todo este monasterio que he construido y todo lo que he preparado para los hermanos será entregado a los bárbaros por disposición del Dios omnipotente. Tan sólo he podido conseguir poder retirar de este lugar las vidas".

2 Teóprobo escuchó en ese momento sus palabras, pero nosotros que después lo hemos constatado sabemos que su monasterio fue destruido hace poco por la gente de los longobardos.

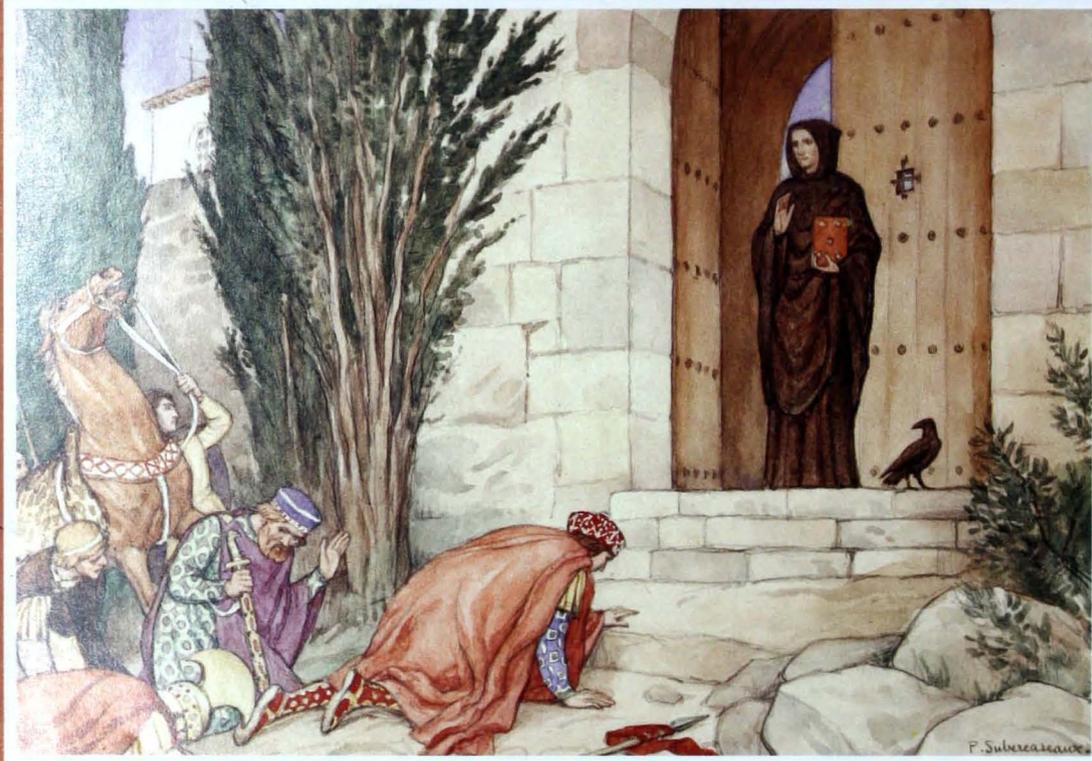
Una noche, cuando los hermanos estaban descansando, los longobardos entraron allí y destruyeron todo, pero no pudieron tomar ni un solo hombre, cumpliendo así el Dios omnipotente con lo que había prometido a su siervo Benito: que entregaría las cosas a los bárbaros pero se salvarían las vidas. En esto veo que Benito ha vivido una circunstancia igual a la de Pablo ya que cuando su nave sufrió la pérdida de todas las cosas, él, como consuelo, pudo salvar la vida de todos los que lo acompañaban (*cf. Heh 27, 22-24*).



DESTRUCCIÓN DEL ALTAR DE APOLO EN MONTECASINO

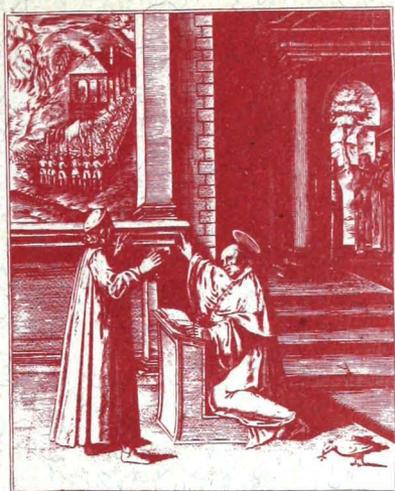
Capítulo VIII

VIII



RIGO, CON EL ROPAJE DEL REY TOTILA, CAE POSTRADO
ANTE SAN BENITO

Capítulo XIV



C A P I T U L O X V I I I

SOBRE UN BARRIL ESCONDIDO Y DESCUBIERTO POR EL ESPÍRITU



En una ocasión nuestro Exhilarato, cuya conversión ya te es conocida, había sido enviado por su señor para que le llevara al varón de Dios hasta el monasterio dos vasijas de madera —las que comúnmente se llaman barriles— llenas de vino. El llevó una y la otra la escondió en el camino cuando iba. Pero el varón de Dios, al que no se le ocultaba lo que sucedía estando él ausente, recibió la vasija con todo agradecimiento y, al retirarse el joven, le advirtió diciéndole: “Mira, hijo, del barril que escondiste no vayas a beber sino que inclínalo con cuidado y verás lo que contiene”.

Se alejó, ciertamente muy confundido, del hombre de Dios y, al regreso, quiso, sin embargo, comprobar lo que había oído e inclinó el barril del que, de inmediato, salió una serpiente. Entonces el mencionado joven Exhilarato, ante lo que encontró en el vino, tuvo un gran temor por la falta que había cometido.



SOBRE UNOS PAÑUELOS QUE ACEPTÓ UN SIERVO DE DIOS



No lejos del monasterio había una aldea en la que no pocos de todos sus habitantes se habían convertido a la fe en Dios, abandonando el culto a los ídolos por las exhortaciones de Benito.

Había también en el lugar unas mujeres religiosas y el siervo de Dios, Benito, se preocupaba de enviar allí hermanos suyos para que las exhortaran en el progreso del alma. Un día, tal como acostumbraba, envió a un monje quien, después de darles unos consejos, aceptó, ante un insistente pedido de esas mujeres religiosas, unos pañuelos y se los escondió en el pecho.

2 Apenas había regresado, el varón de Dios comenzó, con una gran amargura, a amonestarle diciéndole: “¿Cómo ha entrado la iniquidad en tu pecho?”. El quedó extrañado pues ya ni se acordaba de lo que había hecho e ignoraba, entonces, por qué se le corregía. Cuando le dijo: “¿Acaso yo no estaba allí presente cuando recibiste los pañuelos de las siervas de Dios y los pusiste en tu pecho?” (Cfr 2 R 5, 26), él, enseguida, se echó a sus pies arrepintiéndose de haber actuado tan tontamente y arrojó los pañuelos que llevaba escondidos en el pecho.

SOBRE UN PENSAMIENTO DE ÓRGULLO DE UN JOVEN QUE FUE
DESCUBIERTO POR EL ESPÍRITU

Un día, mientras el venerable padre tomaba ya el alimento de la tarde, un monje, hijo de un protector, le tenía la luz ante su mesa. Mientras el varón de Dios comía y él cumplía su tarea de iluminarlo, comenzó, por la soberbia del espíritu, a pensar silenciosamente en su interior y se decía en su reflexión: “¿Quién es este a quien yo tengo que asistir mientras come, tenerle la luz y prestarle un servicio?”.

De inmediato el varón de Dios se volvió hacia él y comenzó a recriminarlo severamente diciéndole: “Signate tu corazón, hermano, ¿Qué es lo que estás pensando? Signa tu corazón”. Y llamando enseguida a los hermanos ordenó que le quitaran de las manos la luz, le mandó que dejara la tarea y que, con toda tranquilidad, allí mismo se sentara.

2 Cuando después fue interrogado por los hermanos sobre qué había pasado en su corazón, contó detalladamente cómo se había apoderado de él el espíritu de soberbia y qué cosas había pensado silenciosamente contra el varón de Dios. Entonces quedó claramente de manifiesto para todos que al venerable Benito no se le podía ocultar nada ya que sus oídos escuchaban hasta las palabras que se pensaban.



SOBRE DOSCIENTOS MEDIOS DE HARINA ENCONTRADOS JUNTO
AL MONASTERIO EN ÉPOCA DE CARESTÍA

En otra ocasión había sobrevenido una gran miseria en la región de la Campania y la grave carestía de alimentos afligía a todos. En el monasterio de Benito ya faltaba también el trigo y, como los panes se habían ido consumiendo casi todos, a la hora de la comida no pudieron encontrar más que cinco para todos los hermanos. Cuando el venerable padre los vio afligidos procuró corregir esa falta de ánimo con un suave reproche, pero además aliviarlos, por lo que les dijo: “¿Por qué se ha entristecido el espíritu de ustedes por la falta de pan? Realmente hoy hay muy poco, pero mañana se tendrá en abundancia”.

2 Al día siguiente se encontraron bolsas con doscientos medios de harina junto a la puerta del monasterio y hasta ahora permanece desconocido a quiénes el Omnipotente Dios habrá mandado llevarlos. Cuando los hermanos vieron esto dieron gracias a Dios y aprendieron así a no dudar de la abundancia ni aun en situaciones de escasez.

3 PEDRO. Te ruego que me contestes: ¿debe creerse que ese siervo de Dios tenía siempre el espíritu de profecía o este espíritu de profecía llenaba su mente en momentos distanciados?

GREGORIO. El espíritu de profecía, Pedro, no siempre ilumina la mente de los profetas porque tal como está escrito referido al Espíritu Santo: *Sopla donde quiere (Jn 3, 8)* y, así también, debe saberse que inspira cuando quiere. Es por esto que Natán, cuando le fue preguntado por el rey si podía construir un templo, primero asintió y después se lo prohibió (*cf 2 S 7, 1-17*). Y también cuando Eliseo, al ver a una mujer que lloraba y que él desconocía

el motivo, le dijo a un criado que le estaba impidiendo llegar hasta él: *Déjala porque su alma está llena de amargura y el Señor me lo ha ocultado y no me lo ha revelado (2 R 4, 27).*

4 El Omnipotente Dios lo dispone así por determinación de su gran compasión. En algunas ocasiones concede el espíritu de profecía y en otras lo quita; eleva el alma de los profetas hasta la cumbre, pero los mantiene en la humildad para que así, cuando reciban el Espíritu, conozcan que es de Dios y, al contrario, cuando no tengan ese espíritu de profecía reconozcan lo que ellos son por sí mismos.

5 PEDRO. La fuerza de tu argumento explica que es así tal como lo dices. Te pido que sigas con lo que esté en tu recuerdo sobre el venerable padre Benito.

C A P Í T U L O X X I I

SOBRE LOS PLANES DEL MONASTERIO DE TERRACINA DELINEADOS EN UNA VISIÓN



GREGORIO. En otra oportunidad un hombre piadoso le había pedido que enviara discípulos suyos a un terreno de su propiedad, que estaba junto a la ciudad de Terracina, para que se construyera allí un monasterio. Consintió él con lo que se le pedía, eligió los hermanos, designó un padre y dispuso quién lo secundaría. A los que partían les prometió: “Vayan que tal día llegaré yo y les indicaré el lugar para el oratorio, el del refectorio de los hermanos, el del recibimiento de los huéspedes y todo lo que considere necesario que deba construirse”. Los hermanos, recibida la bendición, partieron enseguida y, esperando



ansiosamente el día indicado, prepararon todas las cosas que juzgaron necesarias para todos los que podían venir con tan gran padre.

2 Pero esa noche, en la que comenzaba a amanecer el día prometido, el siervo de Dios se apareció en sueños al padre que había designado para allí y, también, al prepósito, y les fue indicando detalladamente lo que debía edificarse en cada lugar. Cuando los dos despertaron del sueño se contaron uno a otro lo que habían visto pero no daban total fe a su visión y esperaban al varón de Dios que les había prometido venir.

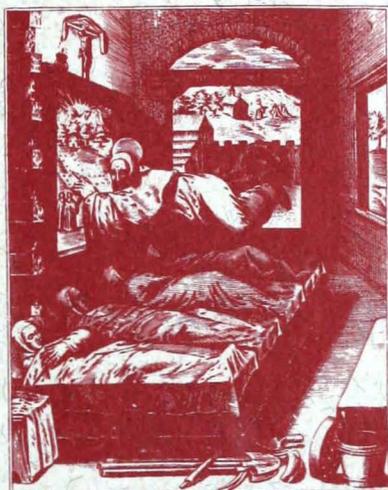
3 Como en el día señalado el varón de Dios no llegó, entristecidos se volvieron hasta él y le dijeron: “Padre, esperábamos que fueras, como lo habías prometido, y que nos indicaras qué debíamos edificar. Y no has ido”. El les dijo: “¿Por qué, hermanos, por qué dicen eso? ¿Acaso no fui tal como lo prometí?”. Y cuando ellos le preguntaron: “¿Cuándo fuiste?” les respondió: “¿Es que no me aparecí a los dos mientras dormían y les indiqué para cada lugar? Vayan y, tal como escucharon en la visión, construyan así todo el edificio del monasterio”. Al oír esto, muy admirados, regresaron al terreno ya mencionado y construyeron todas las habitaciones tal como se les había indicado en la revelación.

4 PEDRO. Quisiera que me aclararas cómo se puede llegar a dar una orden estando lejos y cómo ellos pudieron escuchar y reconocer por la visión una respuesta que les fue dada mientras dormían.

GREGORIO. Pedro, ¿por qué dudas y averiguas sobre la verdad del hecho narrado? Es evidente, por cierto, que el espíritu es, por naturaleza, más móvil que el cuerpo. Así conocemos con certeza, por testimonio de la Escritura, que un profeta fue sacado de Judea y dejado, en un momento, con su comida en Caldea; con ese alimento dio de comer a un profeta y, de nuevo, se encontró, en un instante, llevado a Judea (*cf. Dn 14, 33-39*). Si, pues,

Habacue pudo ir corporalmente, en un momento, tan lejos y llevar la comida, ¿qué puede admirar el que el padre Benito obtuviera el ir espiritualmente para indicar, a los hermanos que descansaban, lo que necesitaban? ¿Y que así como aquél fue, corporalmente, a llevar el alimento del cuerpo, éste fuera, espiritualmente, para disponer sobre la vida espiritual?

5 PEDRO. Confieso que tus palabras sacaron como con una mano las dudas de mi mente. Me gustaría conocer ahora cómo este hombre era en su conversación habitual.



C A P I T U L O X X I I I

SOBRE UNAS SIERVAS DE DIOS QUE DESPUÉS DE MUERTAS FUERAN
DEVUELTAS A LA COMUNIÓN, GRACIAS A UNA OBLACIÓN SUYA



GREGORIO. Tampoco su conversación habitual, Pedro, estaba desprovista de virtud porque nunca caían en el vacío las palabras de su boca ya que su corazón se mantenía en las cosas elevadas. Si en alguna ocasión decía algo, ya fuera una orden, ya una

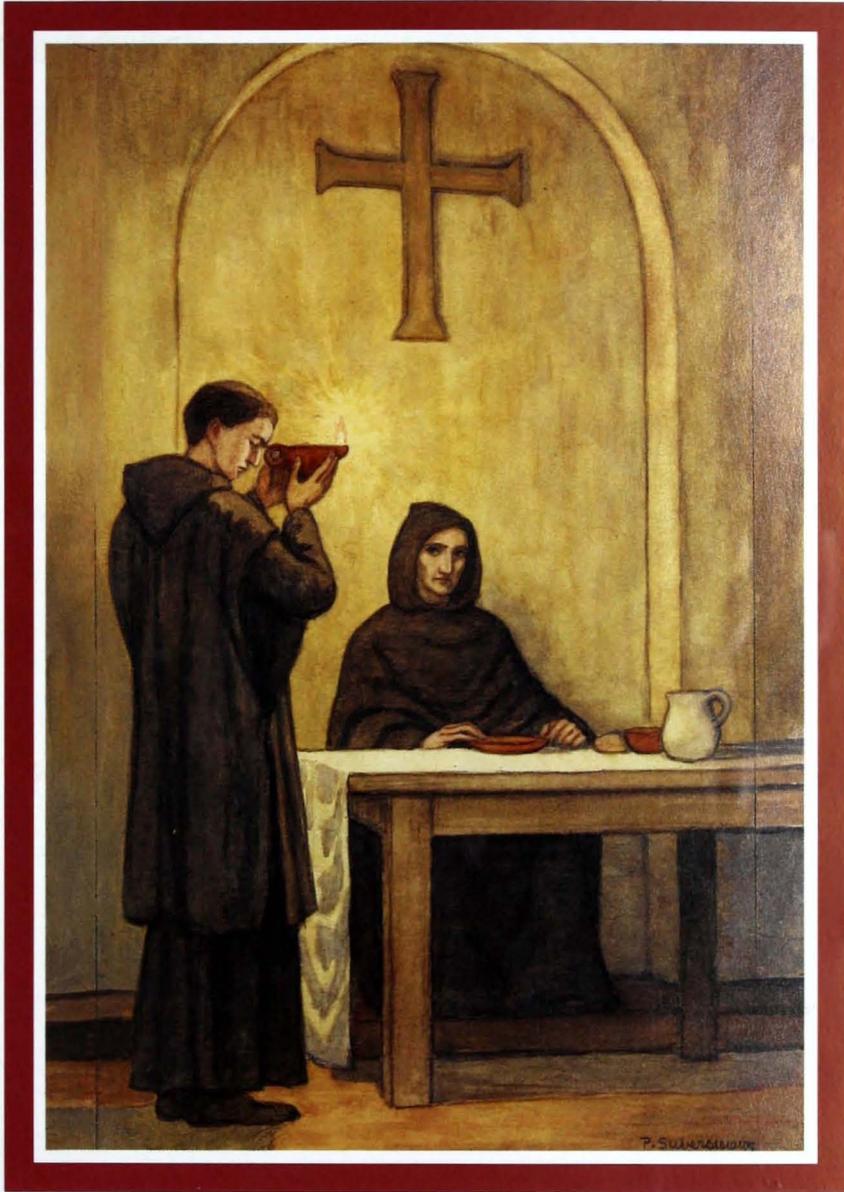


recriminación, tanta fuerza tenía esa palabra que no se mostraba ni como dudosa, ni como una ligereza sino como una sentencia.

2 Sucedió que no lejos de su monasterio convivían en una casa que poseían, dos mujeres religiosas, de noble linaje por su nacimiento. Un hombre piadoso les prestaba su ayuda para las cosas necesarias de la vida diaria. Como, a veces, una nobleza de linaje se manifiesta con pobreza de espíritu y quienes se consideran que en algo son más que los demás, desdeñan el ser menos en este mundo, las mencionadas mujeres religiosas no habían todavía dominado suficientemente la lengua, ni aun con el freno del hábito y, a menudo, con palabras ofensivas provocaban a la ira a ese hombre piadoso que les prestaba su ayuda para las tareas necesarias fuera de la casa.

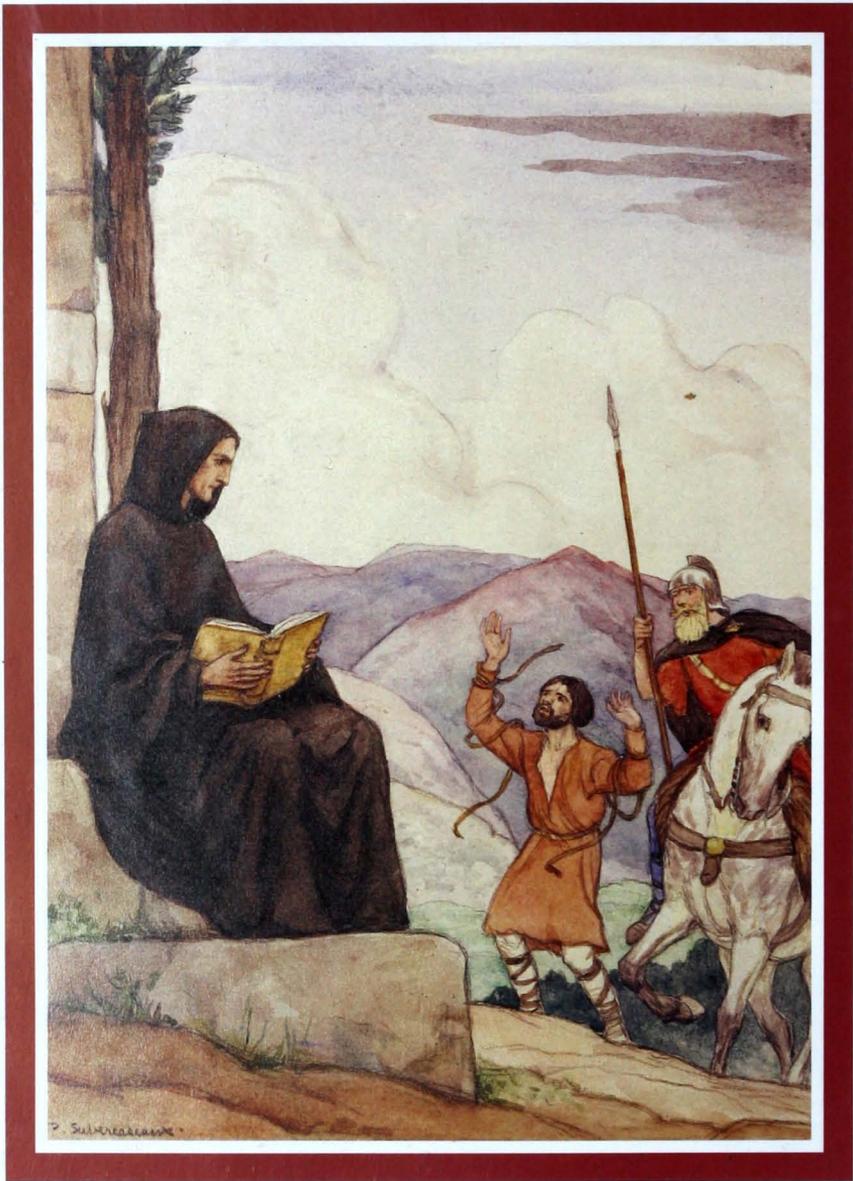
3 Después de tolerar estas cosas durante mucho tiempo se dirigió al hombre de Dios y le contó todas las afrentas que padecía con las palabras de ellas. Cuando el varón de Dios escuchó eso les mandó a decir: "Corrijan su lengua porque si no se enmiendan, las excomulgaré" (*cfr RB caps 23-30*). Esto no era, por cierto, mandar una expresa sentencia de excomunión sino una amenaza.

4 Pero ellas no modificaron en nada su conducta anterior. A los pocos días murieron y fueron enterradas en la iglesia. Y cuando en esa iglesia se celebraba la solemnidad de la Misa y, como se acostumbra, el diácono cantaba: "Si alguien no está en comunión deje este lugar", la nodriza de ellas, que solía ofrecer por ellas la oblación al Señor, las veía salir de sus sepulcros e irse de la iglesia. Como esto se repetía, el que a la voz del diácono que cantaba ellas salían afuera como si no pudieran permanecer dentro de la iglesia, recordó lo que el varón de Dios les había ordenado cuando todavía vivían al decirles que las privaría de la comunión si no corregían sus costumbres y sus palabras.



LA SOBERBIA ASALTA AL MONJE QUE ALUMBRA LA CENA DEL SANTO

Capitolo XX



CON SU SOLA MIRADA SAN BENITO DESATA AL CAMPESINO
PRISIONERO DE ZALLA

Capitolo XXXI

5 Entonces, con gran pena, fue informado de esto el varón de Dios, quien, enseguida, con sus manos entregó una oblación diciéndoles: “Vayan y hagan ofrecer esta oblación por ellas”. Y cuando esa oblación se ofreció por ellas y el diácono cantó, como de costumbre, que los que no estaban en comunión salieran de la iglesia, ya no se vio que ellas salieran de allí. Con este hecho quedó claramente mostrado que, al no retirarse ya más con los que estaban privados de la comunión, era que habían sido recibidas en comunión con el Señor por la mediación del siervo de Dios.

6 PEDRO. Es admirable, ciertamente, el que, aun cuando era un venerable y santísimo varón, viviendo todavía en esta carne corruptible, haya podido absolver almas que estaban ya ante el juicio eterno.

GREGORIO. ¿Acaso, Pedro, no vivía aún en la carne quien escuchó: *Todo lo que ates en la Tierra será atado en los cielos y todo lo que desates en la Tierra será desatado en el cielo?* (Mt 16, 19). Poseen este poder de atar y de desatar quienes tienen la misión de la santa conducción de la fe y de las costumbres. Para que el hombre de tierra pudiera cosa tan grande, el Creador del cielo y de la Tierra bajó desde el cielo. Y para que la carne pudiera juzgar también a los espíritus, Dios, que se hizo carne por los hombres, se dignó concederles esto: que nuestra debilidad fuera elevada sobre sí misma al hacerse débil la fuerza de Dios.

7 PEDRO. El fundamento que has dado con estas palabras tuyas se ajusta perfectamente con ese poder de milagros.



SOBRE UN JOVEN MONJE QUE, YA SEPULTADO, FUE ARROJADO
A LA TIERRA

GREGORIO. También un día cuando un monje suyo, jovencito, que amaba a sus padres más de lo conveniente, salió para ir hasta la casa de ellos pero partió del monasterio sin la bendición, en el mismo día, al volver de la casa de su padres, murió. Al día siguiente de haber sido sepultado fue encontrado su cuerpo arrojado afuera. Se preocuparon, enseguida, de ponerlo de nuevo en la sepultura; pero, al día siguiente, otra vez lo encontraron arrojado afuera e insepulto como antes.

2 Corrieron apresuradamente, entonces, a los pies del padre Benito y, con grandes sollozos, le pidieron que se dignara concederle una gracia. Enseguida el varón de Dios les dio la comunión del Cuerpo del Señor y les dijo: “Vayan y pongan el cuerpo del Señor sobre su pecho y déjenlo así en la sepultura”. Al hacerse esto el cuerpo fue recibido por la tierra y nunca más fue rechazado.

Considera, Pedro, qué mérito tenía este hombre ante el Señor Jesucristo que hasta la tierra rechazaba el cuerpo de quien no estaba en gracia con Benito.

PEURO. Realmente lo pienso así y esto me llena de admiración.

SOBRE EL MONJE QUE AL RETIRARSE DEL MONASTERIO CONTRA LA VOLUNTAD DE BENITO ENCONTRÓ UN DRAGÓN QUE LO ACOSABA EN EL CAMINO



GREGORIO. Uno de sus monjes había entregado el alma a la inconstancia y no quería permanecer en el monasterio. El varón de Dios lo corregía continuamente y lo amonestaba con frecuencia, pero él no quería permanecer de ningún modo en la comunidad e insistía, con ruegos inoportunos, para ser dejado en libertad. Un día el venerable padre, llevado por el fastidio ante su insistencia, le ordenó enojado, que se fuera.

2 Apenas salió del monasterio encontró en el camino un dragón que se acercaba contra él con la boca abierta. Cuando ya fue evidente que el dragón quería devorarlo comenzó, agitado y temeroso, a gritar con fuertes voces diciendo: “Corran, corran, que un dragón quiere devorarme”. Al acudir los hermanos corriendo no vieron al dragón sino al agitado y temeroso monje al que llevaron al monasterio. Prometió, enseguida, que ya nunca dejaría el monasterio y desde ese momento no dejó sin cumplir lo que había prometido. La verdad es que por las oraciones del santo varón había visto al dragón que lo acometía y que era el que antes él seguía sin verlo.



C A P I T U L O X X V I

SOBRE UN ENFERMO DE ELEFANTIASIS CURADO



PPienso que no debo dejar en el silencio lo que conocí a través de un relato del ilustre varón Antonio. Contaba que un criado de su padre había sido atacado por la enfermedad de la elefantiasis y, como se le caía el cabello y se le inflamaba la piel, ya no podía ocultar una enfermedad que así progresaba. Su padre lo envió al varón de Dios y con gran prontitud le fue restituida la salud que había perdido.

C A P I T U L O X X V I I

DE UN DINERO DEVUELTO AL DEUDOR POR MILAGRO



TTampoco callaré lo que solía contar un discípulo suyo llamado Peregrino. Cierta día un hombre creyente, impulsado por la urgencia de una deuda, pensó que podía encontrar solución si se iba hasta lo del varón de Dios y le contaba cómo lo angustiaba la urgencia de esa deuda. Se fue, entonces, al monasterio; encontró al siervo del Omnipotente Dios y le contó que estaba sumamente afligido por un acreedor suyo en doce monedas de oro. El venerable padre le respondió que él no tenía las doce monedas de oro, pero igualmente lo consoló en su necesidad con suaves palabras al

decirle: “Vete y vuelve de aquí a dos días ya que hoy me falta lo que necesitaría para darte”.

2 Durante esos dos días, según su costumbre, estuvo dedicado a la oración. Cuando llegó el tercer día aquel que estaba afligido por la urgencia de la deuda volvió. Sobre el arca del monasterio, que estaba llena de trigo, se encontraron trece monedas de oro. El varón de Dios ordenó traerlas y se las dio al afligido peticionante diciéndole que devolviera las doce que adeudaba y retuviera una para sus propios gastos.

3 Pero volvamos ahora a las cosas que conocí relatadas por sus discípulos ya mencionados en la introducción de este libro.

Un hombre estaba dominado por una gran envidia hacia un enemigo suyo y creció el odio hasta tal punto como para llegar a ponerle veneno en la bebida sin que él se diera cuenta. El veneno no alcanzó a quitarle la vida pero sí le cambió el color de la piel y se fue así extendiendo por todo su cuerpo de modo que se asemejaba a la mancha común de la lepra. Conducido hasta el hombre de Dios, recobró rápidamente la salud que antes tenía pues, al tocarlo él, desapareció toda la mancha de su piel.

C A P I T U L O X X V I I I

SOBRE UNA VASIJA DE VIDRIO ARROJADA CONTRA UNAS ROCAS Y QUE NO SE ROMPIÓ



T

También en la época en que la falta de alimentos afligía gravemente a la Campania, el varón de Dios distribuyó todo lo que tenía en su monasterio entre los muchos necesitados de modo tal que en la despensa no le quedaba casi nada a no ser un poco



de aceite en una vasija de vidrio.

Llegó hasta allí un subdiácono llamado Agapito para pedir insistentemente que le dieran un poco de aceite. Entonces el varón de Dios, que estaba dispuesto a darlo todo en la Tierra para recuperarlo todo en el cielo, ordenó enseguida que se le diera, al que así lo pedía, el poco aceite que quedaba. El monje que estaba a cargo de la despensa entendió bien las palabras de la orden que le dieron, pero postergó el cumplirla.

2 Poco después, cuando se le preguntó si había entregado lo que tenía ordenado, el monje respondió que no lo había dado porque si entregaba algo nada quedaría para los hermanos. Entonces, enojado (el padre) ordenó a los otros que arrojaran por la ventana el recipiente de vidrio en el que se veía que quedaba un poco de aceite a fin de que, por haber desobedecido, no quedara nada en el monasterio. Y así se cumplió.

Bajo la ventana se abría un gran precipicio erizado de enormes rocas. Al ser arrojada, la vasija de vidrio cayó entre esas rocas pero quedó intacta como si no hubiera sido arrojada y, así, al no romperse, no se pudo derramar el aceite. Entonces el varón de Dios ordenó sacarla y, enseguida, entregarla entera tal como estaba al que había pedido. Reunió a los hermanos y, delante de todos, recriminó al monje desobediente por su falta de fe y por su soberbia.

SOBRE UNA TINAJA VACÍA LLENADA LUEGO CON ACEITE

**T**

Terminada esa recriminación, se puso en oración con todos los hermanos. En el mismo lugar en que él estaba orando con todos ellos había una tinaja de aceite vacía y tapada. Mientras el santo varón permanecía en oración comenzó a levantarse la tapa de la tinaja empujada por el aceite que salía. Al levantarse y quitarse la tapa, el aceite, que seguía saliendo por la boca de la tinaja, cubrió el piso del lugar donde estaban arrodillados. Cuando el siervo de Dios, Benito, vio esto al momento dejó su oración y cesó de correr el aceite sobre el piso.

2 Entonces amonestó más seriamente a aquel hermano desconfiado y desobediente a fin de que aprendiera a tener fe y humildad. El hermano, corregido provechosamente quedó avergonzado ya que el venerable padre le mostraba con milagros el poder del Omnipotente Dios que le recordaba con su advertencia. Así tampoco ya nadie podría dudar de las promesas de quien, en un instante, devolvió una tinaja llena de aceite a cambio de una vasija que estaba casi vacía.



SOBRE UN MONJE LIBERADO DEL DEMONIO



Un día, mientras se dirigía hacia el oratorio del bienaventurado Juan, situado justamente en la cima de un monte, el antiguo enemigo, como si fuera un veterinario que llevaba un frasco y vendajes, le salió a encuentro. Cuando Benito le preguntó: “¿Adónde vas?”, le respondió: “Voy hasta lo de los hermanos para entregarles una bebida”. Entonces el venerable Benito fue para su oración y, cuando la concluyó, volvió enseguida.

Mientras tanto el espíritu maligno había encontrado a un viejo monje que sacaba agua y, al momento, entró en él, lo arrojó en tierra y lo atormentaba fuertemente. El varón de Dios, que volvía de la oración, viendo que lo golpeaba con tanta crueldad, le dio tan sólo una bofetada y, enseguida, el espíritu maligno salió de él y nunca más se atrevió a atacarlo.

2 PEDRO. Querría saber si estos grandes milagros los conseguía siempre por el poder de la oración o si, alguna vez también los lograba por el solo deseo de su voluntad.

GREGORIO. Quienes están unidos a Dios con devoción de alma ante el reclamo de una necesidad, suelen obrar milagros de una y de otra forma ya que, algunas veces, hacen los milagros por la oración y otras veces los hacen por la voluntad. Cuando Juan ha dicho: *Pero a todos los que lo recibieron les dio el poder de hacerse hijos de Dios (Jn1,12)*, ¿qué admira el que quienes sean hijos de Dios puedan, por su poder, hacer milagros?



LA RESURRECCIÓN DEL HIJO DE UN CAMPESINO

Capítulo XXXII



EL MILAGRO DE SANTA ESCOLÁSTICA

Capítulo XXXIII

3 El que los milagros se obran por estas dos formas lo atestigua Pedro, quien con la oración resucitó a Tabita muerta (*cfr Hch 9, 40*); pero, por otra parte, con una recriminación es que entregó a la muerte a Ananías y a Safira que habían mentado (*cfr Hch 5, 1-10*). No se lee que hubiera orado para la muerte de éstos sino que solamente les recriminó la falta que habían cometido. Se confirma, entonces, que estos milagros se obran algunas veces por la voluntad y otras por la oración, ya que a éstos les quitó la vida con un reproche y a aquélla se la devolvió por la oración.

4 Contaré ahora dos hechos también del fiel servidor de Dios Benito, con los cuales se muestra claramente cómo uno pudo hacerlo por el poder recibido de Dios y el otro por la oración.

C A P I T U L O X X X I

SOBRE UN CAMPESINO QUE ESTABA MANIATADO Y FUE LIBERADO CON SÓLO UNA MIRADA



Un godo llamado Zalla, perteneciente a la herejía arriana, en los tiempos de su rey Totila, se encendió en un ardor de tan inhumana crueldad contra los hombres religiosos de la Iglesia Católica que si algún clérigo o monje se presentaba ante él nunca salía con vida de sus manos.

Un día, enardecido por la fuerza de su avaricia, ambicioso en el apoderarse de cosas, afligía con crueles tormentos a un campesino destrozándolo con distintos



suplicios. El campesino, vencido por los castigos, declaró que sus bienes se los había encomendado al siervo de Dios Benito tanto como para que, mientras le creía esto al torturado, suspendiera su crueldad y así podría obtener él unas horas más de vida.

2 Zalla dejó, entonces, de afligir al campesino con tantos tormentos, pero le ató los brazos con fuertes cuerdas y comenzó a empujarlo por delante de su caballo a fin de que lo condujera hacia ese Benito que había recibido sus bienes. El campesino, precediéndolo con los brazos atados, lo llevó hasta el monasterio del santo varón, a quien encontró solo, leyendo, a la entrada del monasterio. El campesino le dijo, entonces, al cruel Zalla que lo seguía: "Ese es el padre Benito del que te hablé". Con el espíritu enardecido fijó en él una mirada de furor de un alma perversa, creyendo que debía actuar a través del terror como era su costumbre. Y comenzó a gritar con voces fuertes diciendo: "¡Levanta, levanta y devuélvele a este campesino las cosas tuyas que has recibido!"

3 Ante tales gritos el varón de Dios levantó enseguida los ojos de su lectura y le dirigió una mirada y luego también miró al campesino que permanecía atado. En el momento de dirigir los ojos a sus brazos, en forma milagrosa con una gran rapidez comenzaron a desatarse las correas que ligaban los brazos; nunca hubieran podido ser desatadas por el trabajo humano con esa rapidez. Cuando el campesino, que había venido atado, comenzó en un momento a quedar libre, Zalla, temeroso ante la fuerza de tanto poder, cayó en tierra, ante su mirada agachó la cabeza de tanta crueldad inflexible y se encomendó a sus oraciones. Pero el santo varón, que no se había levantado dejando la lectura, llamó a los hermanos y les ordenó que lo llevaran adentro a fin de que recibiera alimento bendecido. Cuando volvió a él le advirtió

que debía terminar con los desmanes de tanta crueldad. Zalla se retiró abatido y no se atrevió, en adelante, a reclamarle nada al campesino que, sin tocarlo sino sólo mirándolo, había sido desatado por el varón de Dios.

4 Esto es, Pedro, lo que te decía: que aquellos que sirven más de cerca al Omnipotente Dios pueden, a veces, con su poder, hacer milagros. El que, sentado, reprimió la ferocidad del terrible godo y con los ojos deshizo los nudos de las ataduras que oprimían los brazos del inocente, muestra, por la rapidez con que obró el milagro, que había recibido tal poder.

Peero agregaré enseguida otro grande y ponderable milagro que lo pudo obtener con la oración.

C A P I T U L O X X X I I

SOBRE UNMUERTO RESUCITADO



Un día había salido con los hermanos para trabajos en el campo. Un campesino, agobiado por el dolor de la pérdida, llevaba en los brazos el cuerpo de su hijo muerto. Llegó al monasterio y preguntó por el padre Benito. Cuando le dijeron que el padre estaba en el campo con los hermanos dejó enseguida, ante la puerta del monasterio, el cuerpo de su hijo muerto y, perturbado por el dolor, se echó a correr apresuradamente para buscar al venerable padre.

2 A esa hora el varón de Dios ya regresaba con los hermanos de las tareas del campo.



Apenas lo divisó el desamparado campesino comenzó a gritar: "Devuélveme mi hijo, devuélveme mi hijo". El varón de Dios, al escuchar esas palabras, se detuvo y le dijo: "¿Acaso yo te he quitado a tu hijo?" El respondió: "Está muerto. Ven, resucítalo". Cuando el siervo de Dios escuchó esto, muy entristecido, dijo: "Retírense, hermanos, retírense. Este no es un asunto nuestro sino de los santos apóstoles. ¿Por qué nos quieren imponer una carga que no podemos llevar?" (*cf. Hch 15, 10*). El campesino, a quien el dolor lo dominaba, persistía en su pedido jurando que no se iría si no le resucitaba a su hijo. El siervo de Dios le preguntó a continuación: "¿Dónde está?" (*cf. Jn 11, 34*). Le respondió: "Su cuerpo yace ante la puerta del monasterio".

3 El varón de Dios junto con los hermanos llegaron hasta allí; él se hincó de rodillas y se postró sobre el cuerpecito del niño (*cf. 2 R 4, 34-35*) y, levantándose, elevó sus palmas hacia el cielo diciendo: "Señor, no mires mis pecados sino la fe de este hombre que pide que su hijo sea resucitado y vuelve a este cuerpecito el alma que le has quitado". Apenas había concluido estas palabras de la oración, volvió el alma al cuerpecito del niño estremeciéndose todo y, ante los ojos de los que allí se encontraban evidenció que estaba respirando al sacudirse con tal milagroso estremecimiento. El lo tomó enseguida de su mano y se lo entregó al padre vivo y sano.

4 Es evidente, Pedro, que para este milagro él no tenía poder, por lo que, postrado, pidió la facultad de hacerlo.

PEDRO. Evidentemente todo es tal como lo dices y queda claramente confirmado porque pruebas las palabras con los hechos. Pero te pido que expliques si los hombres santos pueden lo que quieren y logran todo lo que desean obtener.

SOBRE EL MILAGRO DE SU HERMANA ESCOLÁSTICA



GREGORIO. Pedro, ¿quién puede haber en esta vida más grande que Pablo y él por tres veces le rogó al Señor que le sacara un aguijón de la carne y, sin embargo, no pudo obtener lo que quería? (*cfr 2 Co 12, 7-9*). Creo oportuno, entonces, contarte cómo el venerable padre Benito quiso una vez algo que no pudo obtener.

2 Su hermana llamada Escolástica, consagrada desde los años de su infancia al Omnipotente Dios, acostumbraba ir a verlo una vez por año y el varón de Dios bajaba a una dependencia del monasterio no lejos de la puerta.

Un día vino, como de costumbre, y su venerable hermano descendió hacia ella junto con algunos discípulos. Ocuparon todo el día en las alabanzas a Dios y en santas conversaciones, y al caer la oscuridad de la noche, tomaron juntos el alimento. Estaban todavía sentados a la mesa transcurriendo el tiempo hasta muy tarde en santas conversaciones y la religiosa mujer, su hermana, le rogó diciendo: “Te pido que no me dejes esta noche para que conversemos hasta mañana sobre algunos de los gozos de la vida celestial”. El le respondió: “¿Qué es lo que dices, hermana? No puedo quedarme fuera del monasterio”.

3 El cielo estaba completamente sereno y no había ninguna nube en el firmamento. La piadosa mujer, al escuchar las palabras negativas de su hermano, entrelazando los dedos, puso las manos sobre la mesa y apoyó la cabeza en las manos para rogar al Omnipotente Dios. Cuando levantó la cabeza de la mesa estallaron tan grandes



relámpagos y truenos fuertes junto con una intensa caída de lluvia que ni el venerable Benito ni los hermanos que con él estaban hubieran podido sacar tan sólo el pie del lugar donde estaban sentados. Realmente, cuando la piadosa mujer apoyó la cabeza en las manos, derramó sobre la mesa ríos de lágrimas con los que cambió la serenidad del firmamento en lluvia. Y nada tardó en seguir la lluvia a la oración ya que fue tal la coincidencia de oración e inundación que se dio en un mismo momento el levantar la cabeza de la mesa y el caer la lluvia.

4 Entonces el varón de Dios, al ver que no podía volver al monasterio entre los relámpagos, los truenos y una imponente lluvia torrencial, comenzó, afligido, a quejarse diciendo: “Que el Omnipotente Dios te perdone, hermana. ¿Qué has hecho?” A esto ella le respondió: “Es que te rogué y no quisiste escucharme. Rogué a mi Señor y me escuchó. Ahora, si es que puedes, vete, déjame a mí y vuelve al monasterio”. Pero él, que por su voluntad no había querido quedarse, ahora, vencido, no podía salir fuera de la habitación y tuvo que permanecer en el lugar. Fue así como pasaron en vela toda la noche y se saciaron en santa conversación, en mutuo intercambio sobre la vida espiritual.

5 Por esto te había dicho que él quería algo, pero no lo pudo hacer porque, si consideramos la intención del venerable varón, está claro que quería que la serenidad que había cuando él había bajado permaneciera. Pero contra lo que él quiso se encontró con un milagro del poder del Dios Omnipotente por el corazón de una mujer. Y no es de extrañarse de que la mujer, que deseaba ver durante más tiempo al hermano, pudiera más que él ya que, según las palabras de Juan, *Dios es Amor* (1 Jn 4, 8 y 16) y es muy justo el pensar que ella pudo más porque amó más (cfr Lc 7, 42).

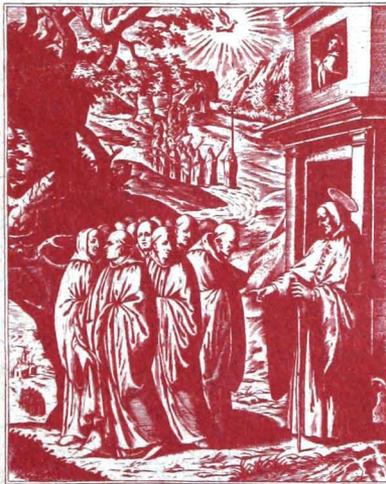
PEDRO.— Confieso que es muy agradable lo que cuentas.

SOBRE CÓMO VIO AL ALMA DE SU HERMANA SALIR DEL CUERPO



GREGORIO. Cuando al día siguiente la venerable mujer regresó a su casa, el varón de Dios volvió al monasterio. Tres días después, estando en el monasterio, al levantar los ojos al cielo vio el alma de su hermana que salía de su cuerpo y, en forma de paloma (cfr Lc 3, 22), penetraba en lo profundo del cielo. Se alegró con ella de tan grande gloria, dio gracias al Omnipotente Dios con himnos y alabanzas e informó de su muerte a los hermanos.

2 Enseguida los envió para que llevaran su cuerpo al monasterio y la pusieran en la sepultura que se había preparado para él. Así tampoco la sepultura separaría los cuerpos de quienes siempre fueron un solo espíritu en Dios.



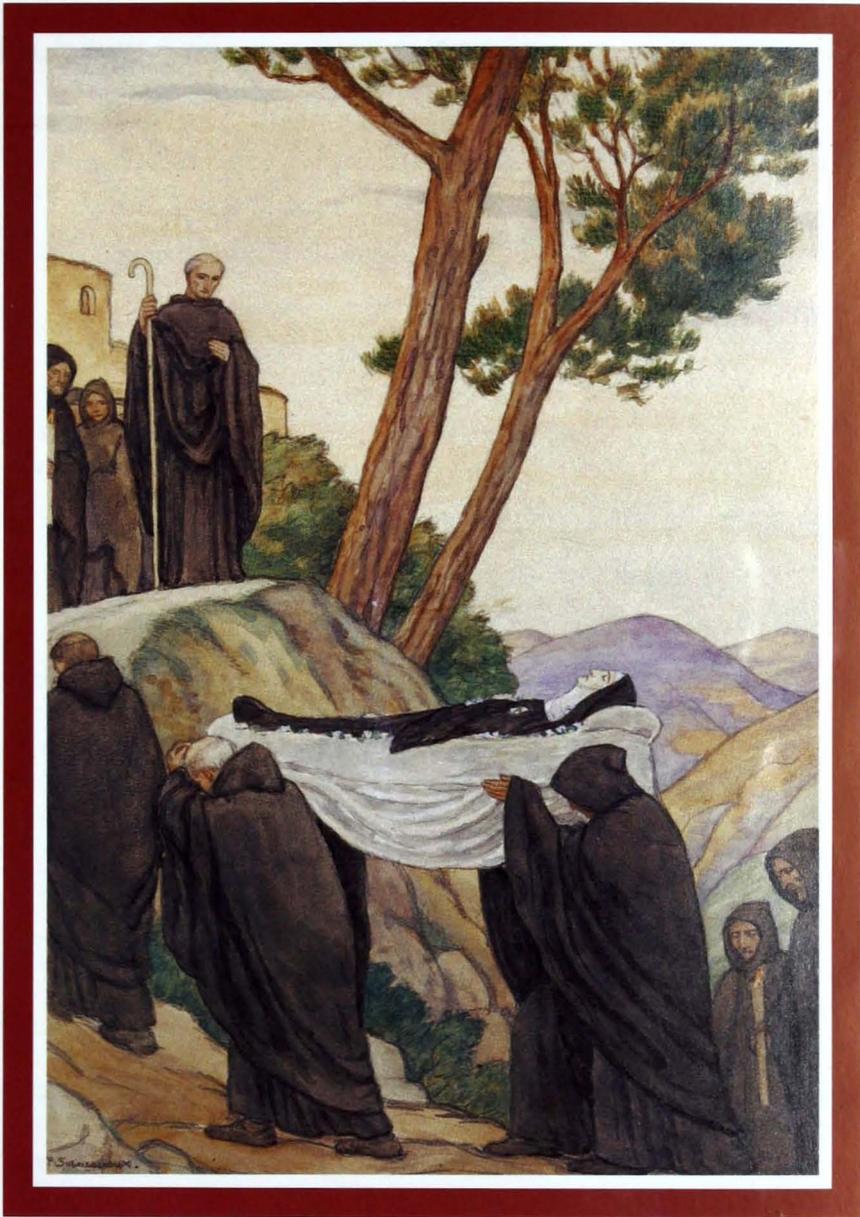
SOBRE EL MUNDO ENTERO CONGREGADO ANTE SUS OJOS Y SOBRE EL
ALMA DE GERMÁN, EL OBISPO DE CAPUA

En otra ocasión el diácono Servando, abad de un monasterio que había sido construido hacía tiempo en la región de la Campania por el patricio Liberio, fue hasta el de Benito con el deseo de visitarle según acostumbraba. Frecuentaba en realidad su monasterio porque, como él también estaba lleno de la doctrina de la gracia celestial, podían intercambiar entre ellos buenas palabras de vida y gustar, en deseo al menos ya que no podían gozarlo en plenitud, el suave alimento de la patria celestial.

2 Al llegar ya la hora del descanso, el venerable Benito dispuso para él la parte superior de la torre y para el diácono Servando la parte inferior de la misma. Una cómoda escalera unía la parte inferior con la superior. Delante de la torre había una habitación grande, donde descansarían los discípulos de ambos.

El varón de Dios, Benito, mientras los hermanos todavía descansaban, permanecía en vigilia y se había adelantado al momento de la oración nocturna. De pie, junto a la ventana, rogaba al Omnipotente Dios cuando vio, de improviso, en la noche ya muy avanzada, una luz difusa que se extendía sobre la total oscuridad de la noche y resplandecía con tanto brillo que, irradiada sobre las tinieblas, esa luz superaba la del día.

3 Però algo más admirable siguió a esta visión porque, como él contó después, también apareció ante sus ojos todo el mundo como reunido en un solo rayo de sol. El venerable padre, mientras observaba, fijando intensamente la vista, este esplendor de luz deslumbradora, vio el alma de Germán, el obispo de Capua, que era



LOS HERMANOS TRAEN A MONTECASINO EL CADÁVER DE
SANTA ESCOLÁSTICA

Capítulo XXXV



SAN BENITO MUERE EN EL ORATORIO EN MEDIO DE SUS
HERMANOS

Capítulo XXXVII

llevada al cielo por los ángeles en un globo de fuego (cfr Lc 16, 22).

4 Entonces, queriendo buscar un testigo de tan gran milagro, llamó al diácono Servando repitiendo dos o tres veces, con voz fuerte, su nombre. Turbado por lo insólito de un grito en tal hombre, subió, miró y no vio sino un pequeño resto de luz, por lo que quedó asombradísimo ante ese gran milagro. El varón de Dios le contó ordenadamente todo lo que había ido sucediendo y, enseguida, hizo avisar a un hombre religioso, Teóprobo, de un castillo vecino, para que en esa noche enviara un mensajero a la ciudad de Capua a fin de que conociera y se informara qué pasaba con el obispo Germán. Al cumplir con esto, el que fue enviado encontró ya muerto al reverendísimo hombre, el obispo Germán y, preguntando minuciosamente, se informó de que había muerto en el mismo momento en que el varón de Dios vio su partida.

5 PEDRO Es algo realmente maravilloso y admirable en gran medida. Pero eso que has dicho de que ante sus ojos, como recogido en un solo rayo de sol, le fue mostrado todo el mundo, nunca lo había escuchado y así no sé cómo representármelo porque ¿cómo puede entenderse que, normalmente, pueda todo el mundo ser visto por un solo hombre?

6 GREGORIO. Ten en cuenta, Pedro, lo que te digo. Para el alma que ve al Creador todo lo creado es pequeño. Aunque en realidad haya visto tan sólo un poco de la luz del Creador, todo lo que es creado se le figura pequeño porque, por la misma luz de la visión interior, se dilata la capacidad del alma y tanto se dilata en Dios que resulta superior al mundo. El alma del que contempla también se eleva sobre sí misma. Y cuando en la luz de Dios es arrebatada sobre sí, en lo interior se dilata. Y cuando mira, entonces,



por debajo de sí, estando ella elevada, comprende qué pequeño es todo lo que no podía abarcar con su pequeñez. El hombre, pues, que veía el globo de fuego y que también veía a los ángeles que subían hacia el cielo, es indudable que tan sólo podía verlo en la luz de Dios. ¿Qué hay de admirable, entonces, que viera el mundo recogido ante él quien en la luz del espíritu estaba elevado por sobre el mundo?

7 Pero cuando se dice que el mundo quedó como recogido ante sus ojos, no es porque el cielo y la Tierra se hubieran reducido sino porque, dilatado el espíritu del que veía, arrebatado en Dios, podía ver sin dificultad todo lo que está por debajo de Dios. En la luz que brillaba fuera de los ojos estaba la luz interior del alma que lo arrebató hacia las cosas superiores y le mostró qué limitadas son las cosas inferiores.

8 PEDRO. Veo que me ha sido muy útil no comprender lo que me habías dicho ya que, en la medida de mi incomprensión, se amplió tu explicación. Y como esto ha quedado claramente demostrado para mi entendimiento, te pido que sigas con el orden de tu narración.



SOBRE UNA REGLA DE MONJES QUE ESCRIBIÓ



GREGORIO. Me agradaría, Pedro, todavía contar otras cosas sobre este venerable padre, pero necesariamente paso por alto algunas de ellas ya que quiero poder detenerme en hechos de otros. Deseo que no ignores que el varón de Dios, por sobre tantos milagros por los que brilló en el mundo, brilló también, y no poco, por las palabras de doctrina. Escribió una regla de monjes notable por la discreción, clara en su exposición. Si alguien quiere conocer más profundamente su vida y sus costumbres puede, en las disposiciones de esa regla, encontrar en su magisterio todo su ejemplo porque el santo varón no pudo enseñar algo diferente de lo que vivió.

SOBRE LA PROFECÍA QUE HIZO DE SU MUERTE A LOS HERMANOS



En el mismo año en el que saldría de esta vida tanto a algunos discípulos que vivían con él como a otros que moraban lejos, les anunció el día de su santísima muerte, pidiéndoles a los que estaban presentes que mantuvieran en silencio lo que le habían escuchado, e indicó a los ausentes cuál sería el signo que les daría cuando su alma saliera del cuerpo.



2 Seis días antes de su fin ordenó que le abrieran una sepultura. Enseguida fue atacado por la fiebre y comenzó a sentirse agitado por la fuerte temperatura. Agravándose día a día la enfermedad, al sexto día se hizo llevar por los discípulos al oratorio y, allí, se fortaleció para la partida recibiendo el Cuerpo y la Sangre del Señor. Apoyando sus debilitados miembros en las manos de sus discípulos se puso de pie, levantó las manos al cielo y exhaló el último suspiro entre las palabras de una oración.

3 La revelación de esta muerte por una misma e idéntica visión se dio, en el mismo día, a uno que se encontraba en el monasterio y a otro que estaba más lejos. En efecto, vieron como un camino resplandeciente por las lámparas y con tapices que se extendía, por oriente, desde su celda, directamente hacia el cielo. Desde lo alto un hombre resplandeciente, de rostro venerable, les preguntó qué era ese camino que miraban, pero ellos confesaron desconocerlo. Y él les dijo: “Este es el camino por el que ascendió al Señor el amado Benito” (*cfr. Si 45, 1*). Y así como los discípulos que estaban presentes vieron la muerte del santo varón, así también los ausentes la conocieron por el signo que les había anunciado.

4 Fue sepultado en el oratorio del bienaventurado Juan Bautista, el que él había construido donde se destruyó el altar de Apolo.

SOBRE UNA DEMENTE CURADA POR ÉL EN LA GRUTA



En la gruta en la que él habitó al principio en Subiaco hasta el presente, si la fe de los que piden lo merece, se manifiesta con milagros. Hace poco, precisamente, ocurrió este hecho que cuento.

Una mujer privada de razón, que tenía totalmente perdido el juicio, andaba de noche y de día por montes y valles, por selvas y campos, y descansaba tan sólo allí donde la fatiga ya le exigía reposo. Pero un día en que, vagabunda, había andado demasiado, llegó hasta la gruta del bienaventurado varón, el padre Benito, y permaneció allí sin saber adónde había entrado. Al llegar la mañana salió con su juicio recuperado, como si nunca hubiera tenido alteración mental alguna. Y durante todo el resto de su vida ella quedó, con la salud que había recibido, recuperada.

2 PEDRO. ¿Por qué se dice —y lo advertimos también comúnmente en la protección de los mártires— que conceden no tantos beneficios con sus cuerpos cuanto por las reliquias y que hacen mayores milagros en lugares donde no están sepultados?

3 GREGORIO. Donde los cuerpos de los santos mártires están sepultados no es de dudar, Pedro, que pueden favorecer con muchos milagros como lo hacen concediendo innumerables beneficios a los que lo piden con un corazón puro. Pero como las almas débiles pueden dudar de que también se puedan hacer presentes para escucharlas allí donde no están sus cuerpos, es, entonces, necesario que se muestren con mayores milagros para que el alma débil no pueda dudar así de su presencia. Para



los que tienen el alma fija en Dios tienen un mérito de fe tanto más grande cuanto saben que aunque el cuerpo no esté allí, sin embargo, no por eso dejan de favorecer.

4 Es por esto que la misma Verdad, a fin de aumentar la fe de sus discípulos, les dijo: *Si no me voy, el Paráclito no vendrá a vosotros (Jn 16, 7)*. Si consta que el Espíritu Paráclito siempre procede del Padre y del Hijo, ¿por qué el Hijo dice que debe ausentarse para que El venga, cuando nunca se apartó del Hijo? Es que como los discípulos veían al Señor en la carne, deseaban verlo siempre con los ojos del cuerpo. Entonces abiertamente les dijo: *Si yo no me voy el Paráclito no vendrá*, que es como si les hubiera dicho directamente: “Si no sustraigo mi cuerpo, no muestro qué es el amor del Espíritu y si no dejan de verme corporalmente, nunca aprenderán a amarme espiritualmente”.

5 PEDRO. Me agrada lo que dices.

GREGORIO. Debemos dejar un poco esta conversación si queremos continuar narrando los milagros de otros. Reparemos, mientras tanto, con el silencio las fuerzas para seguir hablando.



Esta publicación ha sido realizada
en beneficio del Colegio San Lorenzo de Conchalí.
En ella han colaborado las
siguientes instituciones:

ABADÍA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD DE LAS CONDES
INSTITUTO SAN JUAN APOSTOL
CORPORACIÓN PRO AYUDA AL COLEGIO SAN LORENZO
BANCO CONCEPCIÓN



DIRECCIÓN
Mario Fonseca V.

DIRECCIÓN DE ARTE
Beatriz Sepúlveda M.

DISEÑO Y PRODUCCIÓN
Diseñadores Asociados

IMPRESIÓN
Ograma
Manuel Antonio Maira 1253
Santiago de Chile

Inscripción N° 88. 571 - 1993
© Derechos reservados de los
textos y las ilustraciones.

